

Las  
pasos de  
**Grace**

Sofía Orozco



UNIVERSIDAD DE COLIMA



Los Pasos  
de Grace

**MAR DE FUEGO**

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

# Los Pasos de Grace

**Sofia Orozco Torres**



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2024  
Avenida Universidad 333  
C.P. 28040, Colima, Colima, México  
Dirección General de Publicaciones  
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, extensión: 35004  
Correo electrónico: publicaciones@uocol.mx  
http://www.uocol.mx

Derechos reservados conforme a la ley  
Publicado en México / *Published in Mexico*

ISBN electrónico: 978-607-8984-35-0  
DOI: 10.53897/LI.2024.0040.UCOL  
5E.1.1/317000/026/2024 Edición de publicación no periódica



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons , Atribución – NoComercial – CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution – NonCommercial – ShareAlike 4.0 International License.

You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005  
Dictaminación doble ciego y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: LI-003-24  
Recibido: Junio de 2024  
Publicado: Octubre de 2024

# Capítulo uno

---

*¿Qué mundos tengo dentro del alma que hace tiempo  
vengo pidiendo medios para volar?*

Alfonsina Storni

---

**E**ntras a la casa donde se llevará a cabo la sesión de tu grupo AA. Será una noche a la luz de las velas. Miras cómo se dibujan las siluetas de hombres y mujeres que llegan al jardín, se desnudarán al igual que tú, Grace.

Comienza la sesión. Pasan dos compañeras y un compañero a dar su testimonio. Comparten sin reserva sus vidas enteras, errores cometidos y culpas. Tus sufrimientos se entrelazan. Eso, y la falta de corriente eléctrica te dan ánimo a compartir tu historia después de ocho meses de ir a las re-

uniones en silencio. Vas al escritorio para decirle a quien dirige la sesión de hoy que deseas hablar, él sonríe.

«¡A tribuna nuestra compañera Grace!». Tiemblas, sientes ansiedad en pequeñas y grandes dosis. Te diriges al frente, a tu paso desprendes un aroma a limón y certeza. Limpias la tribuna de madera con un trapo, esa es la tradición, y das paso a un nuevo comienzo. Apoyas los antebrazos, ves directo al frente. Todos guardan silencio mientras beben coca cola, café y fuman cigarrillos.

«Mi nombre es Grace, tengo cincuenta y dos años, soy alcohólica, drogadicta y adicta al sexo». Llevas las manos a la cabeza y tu barbilla vibra. «Llevo siete meses limpia».

«¡Hola, Grace!», «¡hola, Grace!», «¡ánimo, Grace!», exclaman tus compañeros.

Despiertas. La cabeza, las piernas, el cuerpo completo te duele. Mueres de sed, Grace. Anoche tomaste demasiadas copas. No. Un par de botellas. Esto sucede seguido, pierdes el control con el alcohol, mujer. Tú y tus amigas se volvieron locas. Borracha, coqueteaste, buscaste a un hombre para llevarlo por ahí y tener sexo. Por la mañana despiertas. No tienes ni idea de quién es el muchacho que duerme a tu lado, se ve mucho más joven que tú. Recuerdas que él te dio cocaína, se ve como de veinte años, podría ser tu hijo. ¿Por qué lo hiciste de nuevo? No, no, no... ¿Por qué? Ni siquiera sabes dónde estás, ¿en un motel?, eso es lógico, ¿pero en qué parte de la ciudad? Debes irte. De nuevo no llegaste a dormir a casa, tu esposo y tus hijos estarán preocupados pensando lo peor, seguro llamaron a las amigas en común y todas en sus casas contestaron que no saben nada de ti. La última vez que hiciste esto tu familia se comunicó con la policía, imaginas que ahora también lo harán, que los oficiales les hacen preguntas sobre ti, pero recuerdas que en este país no funcionan así las cosas. No te pueden dar por

desaparecida porque apenas llevas una noche fuera de casa. Sientes que tu cuerpo se carcome por dentro y la culpa arde por doquier, lastimándote. Tu celular se encuentra sin batería. ¡Vaya! La ropa la ves regada por todos lados, Grace, tu blusa está un poco rasgada y uno de los tacones está roto. Te duelen las uñas, traes piel del muchacho entre ellas y sabes que su espalda tendrá tu nombre marcado.

Extraviaste el monedero, ya volteaste todo al revés, perdiste las tarjetas de crédito, no es la primera vez. No traes dinero. ¿Ahora?, ¿qué dirás?, llevas tiempo inventando las historias más fantásticas para enmendar tus errores, salvar tu matrimonio y que tus hijos creen que eres una madre decente. Joaquín no se imagina en qué magnitud bebes, aunque sí te ha visto borracha en las reuniones; tampoco tiene idea con cuántos hombres te acuestas. Tus hijos, que ya son mayores, creen que su mamá solo va de vez en cuando de fiesta con amigas.

Dejas acostado al muchacho musculoso y de cabello rizado, se queda dormido y drogado entre las sábanas blancas. Ves en su reloj que ya son las diez de la mañana, el sol entra directo y hace que la alfombra roja pinte toda la habitación. El ambiente huele a sexo y alcohol. Cierras la puerta, pides el elevador, este tarda tanto en llegar que te desesperas, «tal vez no sirve», ya te quieres ir de ahí, son dos pisos nada más. Bajas por las escaleras. Renqueas, te quitas los zapatos, estás despeinada y antes de salir vomitas en la esquina atrás de la puerta, te sientes mareada. Tratas de ubicarte y no tienes idea de dónde estás. Le preguntas a una joven mujer el nombre de las calles y la colonia, ella te ve de pies a cabeza, tal vez piensa que le pedirás dinero, se aleja un poco de ti, aunque sí te dice el nombre de las avenidas, Grace. Sigues caminando, vomitas de nuevo en plena vía pública, haces arcadas porque el estómago está vacío, solo

te queda jugo gástrico, el dolor se apodera de ti, tienes la boca seca con sabor amargo. El remordimiento no te deja en paz, estás arrepentida, tu cuerpo tiembla por completo. El sol te hace sudar y al mismo tiempo sientes frío, temes que descubran todo lo que haces cuando bebes. Tomas asiento en una banca, quitas el tacón al zapato bueno, cuando lo logras te pones ambos. Tus pies sangran. Emprendes la marcha, recuerdas cómo anoche comenzaste a tomar alcohol sin control. Sonreías mientras bailabas con quien se te puso en frente, luego llegó el muchacho de la cocaína y todo se fue en picada. Se vieron a los ojos, se acercó dándote un beso, se fueron a una esquina a tocarse ardientemente, después salieron al motel más cercano, tú pagaste la habitación y ya no sabes más. Recordar te hace sufrir. Pasas por una cafetería, entras, vas directo al baño para orinar y refrescarte, no te importa lo que pase y tomas agua del grifo, la sed es insoportable. Alisas tu cabello, te retuerces porque el malestar te mata. Te mentalizas para pedir prestado el teléfono de alguien, marcarle a tu esposo e inventar que te robaron el tuyo. ¡Ah!, no dejas de mentir, Grace, tus lágrimas corren, por lo de ayer, por lo de tantos días y, aun así, continúas bebiendo, después de todos estos años no puedes parar.

Sales del baño y ves a tu alrededor. Te acercas a un señor y dices: «Hola, buenas tardes, soy Grace. Me acaban de asaltar, ¿me puedes prestar tu celular para hacer una llamada, por favor?», el hombre te ve con desdén y niega con la cabeza evitando el contacto visual, continúas: «¿no?, ok, perdón por molestarte». ¡Vaya! ¡Qué descaró! ¿Por qué no ayudar al prójimo?, piensas.

Vas a otra mesa, hueles el pan recién hecho y el grano de café molido, te da hambre. Ves a una mujer que lee en soledad en una mesa pequeña. Crees que ella te puede ayudar, las palabras en tu mente revolotean creyendo que es

posible decirle: «Hola, soy Grace. Vengo de una borrachera, me drogué y me acosté con un muchachito...», te gritas por dentro, «¡NO!», la verdad es dolorosa y a veces es tan peligrosa que puedes cavar tu propia tumba. Crees que eres una cobarde por no aceptar que realmente ocurre algo mal contigo. En fin, te acercas a la mujer y ella deja su libro en la mesa. La saludas con respeto, juzgas que no le teme a tu apariencia porque te sonrío y presta atención, le comentas que no has comido nada, que te robaron la bolsa en la noche y deseas llamar a tu esposo, te extiende la mano para prestarte su celular. Marcas el número, 3, 3, 3, 5, 4, no lo recuerdas. Se te sale una lágrima y le dices «Gracias, señorita, olvidé el número, una disculpa». Ella toca tu mano entendiéndote.

Sales del establecimiento, el sol quema, tus ojos se lastiman. ¿Qué estabas pensando al beber de esa manera otra vez? Te perdiste por completo. ¿Ahora qué hacer, Grace? No puedes salir del laberinto en el que te encuentras desde hace mucho tiempo.

Trataste de localizar a tu esposo para sentir su apoyo. Piensas que Joaquín iría por ti, sin reproches y con mucho cariño. Necesitas un abrazo, Grace, pero te viene un halo realidad que te encandila, tal vez cuando lo veas solo te reprimine. Decides parar un taxi y esperas que haya alguien en tu casa para pagarlo. Te dices a ti misma: «que pase lo que tenga que pasar».

## Capítulo dos

---

---

**T**e paras en la orilla de la banqueta, levantas la mano derecha y pides un taxi que ves se aproxima, no se detiene, lo mismo sucede con el siguiente, Grace, los dos conductores te ven de arriba abajo y no desean arriesgarse contigo. Vas muy desalineada por más que te arreglaste en el baño del café y sacudiste recuerdos viéndote a los ojos en el espejo. Minutos después pasa otro taxista, un hombre maduro que va con una mujer de copiloto. Escuchas ya cerca de ellos que ella grita a él que se detenga. La mujer te dice: «¿Linda, a dónde vas?». Con la cabeza confundida tardas en contestar unos segundos, la ves fijamente, tienes ganas de llorar, pero por fin das la dirección: «Abedules seiscientos ochenta, colonia...», el hombre te interrumpe: «sé dónde es el lugar». La pareja dice que hay casas muy grandes en la zona y preguntan: «¿trabajas por ahí?». Viendo a la ventana contestas: «ahí vivo». Los dos se voltean a ver extrañados.

Lloras quedo, deseas un abrazo de tu papá para contener-te. Vas en la orilla izquierda del asiento. Te das cuenta de que estás lejos de tu casa y hay mucho tránsito, el trayecto dura más de una hora y media. ¿Por qué te fuiste tan lejos, Grace? Ves con detenimiento a la mujer, trae puesto un vestido verde hoja con un patrón de flores muy pequeñas, su presencia de un olor a chocolate, cabello afro, risa franca. Siente tu mirada y se gira para verte, pone su mano en su rodilla subiendo un poco el vestido suelto de satín para que el marido mire sus piernas torneadas, este voltea a verla y toma su mano para acariciarla. Te atrae la escena. Descalzas tus pies y los subes en el asiento. «¿Por qué estás así?», te pregunta la mujer. Les huyes a sus palabras volteando a ver los carros, miras pasar tu infancia, adolescencia y madurez, recuerdas al triciclo verde que se quedó guardado en el garaje. Titubeas, dices una palabra por otra, pero comienzas un monólogo de lo que te sucedió esa noche, ambos escuchan con atención. Terminas y te sientes avergonzada de que unos desconocidos se enteren de tu verdad. El hombre se estaciona y tú te aterras, piensas que te bajará. Ella pone su mano en el brazo de él como pidiendo calma, así lo percibes, ella lo voltea a ver a los ojos, supones lo peor:

«me raptarán, porque robarme no pueden, ni bolsa traigo». El taxista se voltea hacia ti con dificultad, te pregunta si ya había pasado esto en otras ocasiones. Agachando la cabeza, desconfiada, contestas que sí. Te pregunta: «¿muchas veces?». «Sí», confiesas. Él te platica su historia, la de su madre y abuelo paterno, «somos alcohólicos, aunque ellos ya murieron». Consideras que tú no eres así, que tú no eres alcohólica, eres capaz de controlarte, ¿no? Sigues escuchando. Él cuenta que no paró de sufrir hasta que entró a un grupo de Alcohólicos Anónimos. En cambio, su abuelo se perdió en las calles de un pueblo de Jalisco, un día amaneció muerto, y su madre falleció de cirrosis. El taxista pasó por internados, estuvo en la calle varias veces, en la cárcel, en picaderos y drogado por semanas. Escuchas que su esposa lo dejó porque se cansó de la situación, hizo algo al respecto. Ahora sus hijos, después de ocho años comienzan a aceptarlo, ya lo ven una vez a la semana para convivir. «Tengo diez años limpio», dice orgulloso, el rostro le cambia completamente. La mujer que le acompaña es el amor de su vida, se llama Esmeralda. Das un gran suspiro, ¡hay más personas que han vivido lo mismo que tú!

Siguen el camino en esa mañana soleada y por primera vez sonríes un poco. Esmeralda te da un cepillo para que arregles tu cabello; sus pinturas para que te des un poco de color; una botella de agua, y un par de chicles para el aliento. Por último, pide que te pruebes los zapatos verdes claros que trae puestos. «Mejor no llegues con los rotos», comenta. Das las gracias por todo. No lo dices, pero en tu interior crees que esos zapatos te darán fuerza. Les agradeces a los dos, jamás supusiste que esa terrible mañana conocerías a dos personas tan amorosas. Era lo que necesitabas.

Ves tu casa de lejos y comienzas a temblar, no dejas de moverte. Ella pone su mano en la tuya y su calor recorre tu cuerpo, calentándolo, despojándote del miedo.

Bajas del taxi y caminas hacia la entrada, es una residencia grande con muros de piedra. Pasas la fuente que hace de rotonda para que los autos ingresen, ves las plantas y árboles que hay alrededor.

Timbras. Sientes ganas de orinar, es de nervios como te sucedía de niña. Abre una muchacha que trabaja en casa. Te comunica que no están ni tu esposo ni tus hijos. Siempre guardas dinero en tu cuarto, subes por él. Cuando sales a pagar, el taxista y Esmeralda ya se han ido, te quedas parada un momento agitando la mano en silencio mientras de la fuente te cae brisa gracias al viento. Regresas y cierras la puerta.

Entras a tu cuarto, está en penumbras. No enciendes la luz del techo, eso jamás te ha gustado, prefieres usar lámparas o mejor aún la luz del sol cuando llega a cada rincón, hasta tu corazón. Te duele el alma. No dejas de pensar en lo que te contó el hombre del taxi, así lo recordarás porque no te dijo su nombre, solo sabes su historia. «Él tocó fondo», te dices, «¿lo habré hecho yo también?». Resuena esa pregunta dentro de ti. Te metes a bañar con agua muy caliente y recuerdas a esa niña que deseaba más besos de los muchachos y tragos de cerveza. Tratas de dejar la mente en blanco para descansar, es imposible, las escenas de la noche anterior te atormentan: música, droga, alcohol, sexo, perderte sin importar lo que pase. Sales de la regadera, te envuelves en la toalla. Entra tu esposo al baño, por el vapor no lo ves bien. Te das cuenta por su silencio que no sabe cómo comenzar a hablar, tú tampoco dices nada. Lo besas y abrazas. Se voltea, está muy enojado. A la toalla no le resiste el nudo, cae al suelo, el vapor se disipa, lo ves a los ojos y sientes que

lo amas. Le quitas el saco y el pantalón, quieres reparar el daño con sexo. Él te desea y ama, pero de nuevo no llegas-te anoche y tu ropa tirada en el suelo huele a alcohol. Esta vez te detiene, nunca lo había hecho así, tan bruscamente. Lloras y Joaquín sale, te grita que te espera en la recámara para hablar.

Te sientas a un lado de él en el sillón que da al ventanal. Él de frente hacia el cuarto mira la alfombra y tú volteas a ver el jardín que está muy verde gracias a las lluvias.

Comienzas a platicar con tiento, sin tapujos, Grace, volteas a ver la cara de Joaquín, sus ojos todavía no pueden mirarte, él mira hacia el techo y a los lados. Tus manos comienzan a temblar y tus labios se traban al hablar. Joaquín te rodea con el brazo, te contiene, mas no te da cariño, «quiere escuchar todo», piensas. Es muy difícil contar toda la verdad, pero esta vez lo haces.

Joaquín te abandona en el sillón y mueve los brazos de un lado a otro, te pide tiempo para reflexionar, necesita ver si puede ayudarte. Ves cómo se aleja y pierdes la noción de estar en tu cuarto, bajo tu casa, todo se ha vuelto negro. Joaquín se ha perdido en el abismo y tú te quedaste sin luz en silencio con tu verdad expuesta ante tus oídos y ante los de él.

Después de media hora escuchas que llegan tus hijos, sales sin ganas de hacerlo. Comes en silencio. Ellos están alborotados platicando sobre lo que hicieron durante el día. Antes del postre, les dices que quieres hablar con ellos. Te dicen que no pueden porque se deben irse y te pones firme; son solo unos minutos.

En el despacho les dices que tienes problema con el alcohol. No puedes todavía contarles de los hombres ni las drogas, sería demasiado. Tu hija mayor se para y golpea la mesa, el menor se acerca a ti y te abraza diciendo: «te

ayudaré en lo que necesites», seguido de un llanto incontrolable. La luz tenue hace que no veas bien las facciones de tu hija, te acercas a ella, sientes su rechazo. Tu hijo va contigo y te abraza, jalas a tu hija incluyéndola. Se sueltan de ti, es tiempo de que se vayan y piensas que es normal que hagan su vida, como decidiste hacer la tuya. Pero no quieres que ellos sigan por un camino equivocado. Quieres que el árbol al que pertenecen tenga raíces largas, un tronco fuerte y ancho, que la rama quebradiza donde habitan los cuatro se resane, y que tenga un follaje de hojas que la adornen.

Las lágrimas de los tres afloran, es imposible, Grace, que tu situación la acepten a la primera; que tú te perdones y sobre todo, que logres perdonar a tu mamá y papá. Abres las cortinas verde olivo grandes y pesadas, corres las delgadas de tergal para que los tres vean la fuente de la entrada. Desde ahí ves que Joaquín se va, creías que ya lo había hecho.

Tu hijo, el menor, después de un rato te dice con la nariz tapada y la voz mormada «nunca te había visto esos zapatos, mamá». Le dices que te los dio Esmeralda, le hablas sobre la pareja y de cómo te ayudaron. También comentas que no será fácil enfrentarte y dominar la situación. Los brazos te pesan para abrazarlo, Grace, es por la vergüenza que te envuelve. Todo el pasado es una carga inmensa, pero sientes la necesidad de que tu familia se entere, te aligerará la carga.

Tu hija lanza la pregunta: «mamá, ¿por qué todo a tu alrededor es de color verde?», la ves a los ojos y le platicas que su abuela quería tener un niño y su abuelo una niña, se pusieron de acuerdo y decidieron que el verde era neutro y comenzaron a comprar todo en ese color. Les cuentas que una vez tu papá te dijo que hasta sus sueños relacionados contigo eran verdes, Grace. Tus hijos escuchan interesados lo que dices que pasó la noche de tu nacimiento, con una

lágrima dices: «llovía intenso, mi mamá repetía con coraje y miedo que no deseaba una niña, al mismo tiempo que su fuente se rompía, yo escuchaba sus palabras cada vez más de cerca». Tu hija te cuestiona: «¿tú me querías tener a mí?, porque a veces creo que no», la abrazas y le dices: «estoy en un laberinto sin salida, pero tú y tu hermano son lo que me da vida». Les cuentas que cuando tu cabeza se asomó al mundo, el color verde te cegó y se quedó dentro de ti. Les explicas que al principio los bebés no ven bien, pero ese color desde entonces se impregnó en tu pupila de manera intensa y fue parte de ti. Pasaron los años y casi todo a tu alrededor era de distintos tonos de verde, les comentas: «lo raro es que me topo con el color en situaciones importantes de mi vida». El verde te contiene emocionalmente, llena tus incertidumbres y abandonos. Tus dos hijos lloran y te toman de la mano. Así se quedan un rato, sentados en el sillón, viendo por la ventana. Tu hija se levanta diciendo que debe ir a la preparatoria y tu hijo te comenta que hará una tarea.

Te quedas sentada, miras cómo las parvadas van a guardarse y crees que es todo un espectáculo. Te recuerdas cuántos errores has cometido, te arrepientes. Tu corazón vuela con las aves que van a su hogar, esos árboles pintados de naranja que les da calor y los ilumina mientras se reúnen para descansar juntos. Eso mismo deseas con tu familia, que tu hogar sea un árbol sano y les dé seguridad a todos.

## Capítulo tres

---

---

**G**race, tus padres se conocieron en el centro de la ciudad. Al verse se enamoraron de inmediato. El amor los enredó como una hiedra, acercándolos de tal manera que les dejaba nula posibilidad de soltarse. Jamás se imaginaron que los años los llevarían a un futuro ahogado en penurias. Se casaron pronto, la ceremonia fue pequeña y sencilla. Era una noche serena donde reinó el silencio de las miradas tiernas. Los insectos salieron sigilosos, hablaron su propio idioma, danzaron con movimientos de conquista, brillaron en la oscuridad y convivieron sin invadir espacios. Al final tus padres se abrazaron, Grace. La recepción se llevó a cabo en su casa. Él la cargó hasta su habitación, la cama les quedaba cerca.

Tu madre amaba a tu padre y deseaba ser suya. La bajó de sus brazos y se besaron con eterna pasión. Sus manos comenzaron a inquietarse, cayeron en la cama. Se

miraron y los ojos verdes de tu mamá les hablaron a los de su esposo. Él le sonrió y luego bostezó. Ella trató de besarlo de nuevo, él le correspondió de manera suave, pero detuvo la mano de ella que tocaba su entrepierna. Dijo: «te amo mucho», pero esa noche la evadió, agotado, comentando al viento que el día estuvo lleno de muchas emociones. Tu madre tuvo su primera decepción, Grace. Ansiosa, salió al pórtico a fumar y se sirvió una copa. Al cabo de una hora ya se había tomado la botella completa. En otras ocasiones se había emborrachado, sobre todo en su adolescencia. Pero desde este momento su caja de Pandora quedó al descubierto, por el pasado y por el presente. Tu madre se asomó por la ventana y vio a tu padre dormido a sus anchas, ella sintió que a él no le importó la situación. Le dio tanto coraje que fue por otra botella, aún con su vestido de novia. Se sentó en la mecedora, tomó un cobertor de lana que estaba en la mesita auxiliar, la noche cálida se volvió un témpano. Las nubes taparon las estrellas y la luna menguante adornó el cielo, todo se volvió negro.

Los siguientes días cambiaron porque tu madre sentía el calor de las sábanas húmedas, tenía la compañía del cigarro y del alcohol. Ella se dormía antes de que llegara tu papá a la casa. Pasaron meses y su relación se volvió un péndulo; iba o muy bien o fatal. Fueron muy extremistas con una relación codependiente.

Un día tu madre se levantó directo al baño a devolver el estómago. Primero pensó que algo le había caído mal o que había sido la bebida. El alcohol ya le traía problemas; en el trabajo ya hablaban mal de ella. Nadie quería dividir las cuentas en los restaurantes o los bares porque ella tomaba mucho y eso subía los consumos a pagar.

El vómito continuó y fue al doctor. Estaba embarazada de ti. Sintió mucho miedo de ser madre, lloró todo el

camino de regreso a casa, no te quería dentro de ella. Le vinieron tantas emociones negativas sin saberlo ni quererlo. El primer deseo de amor de tu mamá hacia ti quedó borrado y te hizo mucha falta en tu vida, Grace.

Ya en casa, tu mamá albergó una pequeña ilusión y deseó tener un varón. Esperó desesperadamente que regresara tu papá para contarle. Prendió su último cigarro, lo disfrutó, se sirvió una copa para relajarse pensando que sería la última por su embarazo (aunque eso no lo respetó en los siguientes meses).

Tu papá llegó muy tarde, tuvo mucho trabajo. Al ver dormida a tu mamá en la sala, con la botella en la mesa de centro, la creyó tomada. Cansado, decidió dejarla ahí e irse a dormir. Le incomodaba verla beber de manera incontrolable.

Tu mamá se despertó a las tres de la mañana y se dio cuenta de que se había quedado dormida en el sillón, le dolía la cabeza. Reflexionó de nuevo sobre su embarazo. Encendió la lámpara, la habitación cobró forma. La noche estaba iluminada, pero nublada. Ella miró su vientre blanco y pasó la mano por los lunares que tenía debajo del ombligo. Tu madre se preguntó si crecerían al igual que su vientre, si se llenaría de estrías, si le dolería el parto, si sería buena madre o abandonaría a su hijo como lo hizo su madre con ella, Grace. Tu mamá caminó al cuarto para ir donde tu padre. Iba sin zapatos, la duela crujió, abrió la puerta y encendió la luz de la habitación. Ella gritó dirigiéndose a tu papá, «¡seré madre de un niño!». Tu padre le contestó con un silencio, luego le dijo: «estás borracha». Fue la primera vez que él le dijo así a tu madre. Después no se cansaría de repetirlo de forma sutil, como una caricia suave de ortiga, hasta que se separaran gracias a un último suspiro de ella. Tu madre comenzó a llorar y se salió a la carretera sin reparar en

la lluvia constante que pronto se convertiría en un río que atravesó tu casa.

Tu papá no entendió lo que sucedía y creyó que era una escena, algo nuevo en su relación. Él se puso un impermeable, tomó el de ella y se dirigió a buscarla. Se encontraba parada a media calle, la lluvia que ya era una tormenta la movía y la hacía perder el equilibrio. Tu papá la tomó fuerte entre sus brazos y caminaron juntos a tu casa, Grace. La metió en la regadera y la bañó con una suavidad intensa llena de desilusión. Ella abrazó a tu papá, mientras le caía el agua caliente, sentía que solo él la podía sostener con cuidado y amor. Mamá acercó sus labios al oído de tu papá y le dijo que estaba embarazada. Él de pronto la apartó abriendo los ojos con asombro, mamá sonrió asustada y él hizo lo mismo, la abrazó. Así estuvieron tus padres un rato, desnudos, bajo el agua caliente, abrazados, haciendo el amor. Sin saber lo que les deparaba el destino.

Tus papás decidieron pintar el cuarto, comprar los detalles y la ropa de un color neutro, de verde, no amarillo como lo hacía la mayoría. En la recámara había una ventana de madera grande por donde se asomaban árboles altos, el césped, el cielo azul, las nubes blancas o negras cuando había tormenta. La mecedora sacaba crujidos de la duela cuando tu madre se balanceaba acariciando su vientre abultado con sus dos lunares, Grace. En los últimos días de su embarazo la pasaba ahí en esa habitación verde, a pesar de que la sentía asfixiante. Tu madre no sabía que serías niña, en aquella época era imposible enterarse. Quería una vida simple para su hijo, «las mujeres sufrimos más», se decía. Ella vivió momentos difíciles en distintas etapas de su vida, al igual que su madre, algunas mujeres de la familia o compañeras del trabajo. Grace, tu madre se balanceaba y decía: «niña no, niña no por favor, será un dolor de cabeza, deseo

una vida ligera». Esa canción se grabó en tus oídos como una madre que le pone Mozart a su bebé en su vientre.

Todo en tu cuarto estaba ordenado, Grace, ella lo había hecho mil veces de manera obsesiva compulsiva. La falta de alcohol y cigarrillos la mantenían al límite. También se sentía gorda. Se acabaron las relaciones sexuales, las caricias, los besos, eso la ponía mal. Tú la pateabas para distraerla, para acariciarla, acompañarla, ella solo se quejaba alegando que le dolía.

Una noche tu mamá estaba en el cuarto verde que aunque no le gustaba, no salía de él, tal vez quería martirizarse. La ventana estaba abierta y ella sentía caer la lluvia constante, veía los relámpagos, y los truenos la hacían brincar de vez en cuando. Se sentía frío y el piso de madera comenzaba a mojarse. Ella decidió cerrar la ventana y asfixiarse dentro de esa habitación. Tomó la maleta para el hospital y la volvió a revisar, sería imposible darte el dato de la cantidad de veces que ella acomodó la ropa y cosas de aseo. La dejó en su lugar.

Ella miró la cuna y luego puso atención al osito verde de felpa que te compró tu papá. Tu mamá sintió miedo de lo metódicos que se habían convertido ella y su pareja. Luego pensó en que su madre la dejaba sola tanto tiempo porque trabajaba todo el día y a veces en la noche. Caminó un poco en la pequeña habitación, se masajeó la espalda y se sentó en la mecedora. Estaba la luz apagada, la lámpara del pasillo se reflejaba en el ventanal. Sus ojos verdes resaltaban, los volteó a ver en el vidrio junto con cara y silueta, unos segundos después sintió un líquido caliente que se escurría entre sus piernas. Ya venías en camino, Grace.

## Capítulo cuatro

---

---

«Es una niña», anunciaron cuando naciste y tu mamá lloró, lloró y lloró. Bebió alcohol para consolarse. Tu papá se alegró a medias, como siempre, manteniéndose en un punto intermedio, neutro.

Creciste con un oso de felpa verde, unas estrellas pegadas en el techo de tu habitación, un triciclo, hojas secas del otoño, el rocío de la mañana, pasto con hielo del invierno, árboles en movimiento en el verano, la noche, los insectos, el naranja del atardecer y la primavera llena de flores. También creciste con abrazos de tu papá y la presencia ausente de tu mamá, sentada en el sillón dándote la espalda. Las ventanas, Grace, siempre han logrado que te mires por dentro. Admiras los distintos tonos de verde u ocre del paisaje y las personas que transitan por la vida; la tuya. La ventana de tu cuarto te regala unos amaneceres maravillosos, atardeceres intensos y noches negras. El alcohol, que

ha hecho que te pierdas cada vez más. Los espejos que reflejan tu físico y te muestran cómo vas en decaída. Las drogas que agilizan y confunden tu mente. El sexo que calma tu ansiedad, sentir distintas manos en tu piel y labios en tu boca. Las lágrimas que han hecho mares con olas y remolinos, inundando el piso a tus pies y de los que te rodean, ahogándolos. Los psiquiátricos, hospitales, psicólogos, psiquiatras, medicamentos, Alcohólicos Anónimos, lucha, chicles, cigarrillos, manos y pies temblorosos, gritos, llanto, llanto, llanto, el piso encharcado del agua salada proveniente de tus desasosiegos. Y el verde que te sigue para darte contención, se aparece donde menos te lo esperas, el amor también te abraza deteniéndote de esta carrera por segundos. Tu pasado a veces conquista tu cabeza y el ánimo. Ahora vas un paso adelante y te abrazas de tu familia para no caer en el abismo que cavaste y te cavaron en tantos años. El color verde seguirá a tu lado proporcionándote esperanza y tranquilidad a tu alma. Ya aceptas que te entreguen amor, lo haces parte de ti, esto hace que el sentimiento de abandono se diluya en agua caliente.

## Capítulo cinco

---

*Cuando crezcas te darás cuenta de que casi todo lo que se oye por la noche puede interpretarse de diversas formas. Y de hecho, no sólo por la noche y no sólo lo que se oye: también lo que se ve, e incluso lo que se ve a plena luz del día, puede casi siempre entenderse de muchas formas.*

Amos Oz

---

**T**us papás llegan contigo del hospital a la casa, Grace. Eres tan pequeña y frágil, no saben qué hacer contigo cuando comienzas a llorar. Entran a tu cuarto, tu papá enciende la luz y el color verde helecho de los muros se hace más evidente. Tu papá dice que tu llanto es por el pañal sucio, tu mamá difiere comentando que es la hora de darte el biberón. Ella te arrebató de los brazos de tu papá, se sienta en la mecedora y te da lo que sobró de la última toma. Decidió no darte pecho porque le dijeron que de ser así no podría tomar alcohol. Y después de tantos meses ya estaba

ansiosa por tomar unas copas. Terminas la poca leche, tu mamá te deja en la cuna y el hipo se hace evidente. Tu papá se te queda viendo, da palmaditas en tu espalda. Vomitas y los dos se desesperan echándose la culpa el uno al otro. Lloras y deciden cambiar el pañal. Está lleno de excremento líquido y amarillo. «Yo no la cambiaré» dice tu mamá. Hueles mal porque te dejaron con el pañal sucio por mucho tiempo. Tu papá le pide que se salga. Él te habla con cariño. Tapa su nariz para limpiarte, cree que vomitará, pero no lo hace. Te arrulla un poco y duermes pronto. En tu cuna te acompaña un oso verde de felpa. Tu casa tiene piso de dueña, eso hace evidente cuando alguien se acerca o se va. A ti te gusta el sonido, aunque, cuando seas adolescente te delatará cada vez que quieras irte a escondidas. Esa, tu primera noche en casa, en tu cuarto, en tu cuna y con el oso, el sonido de los insectos crea una música constante que te deleita. Tratas de que ese sonido musical apague en tus oídos los pleitos de tus papás y los desplantes de tu mamá.

La ropa te va quedando chica. Tus ojos redondos observan todo. Tus manos rozan el oso y disfrutas la textura

suave en tu piel. Reclamas los brazos. Como tu papá no puede quedarse todo el día, decide colocar unas estrellas que brillen por la noche. Escuchas que él exige a mamá que tome menos. No entiendes qué pasa, pero todo va quedando grabado. Mamá entra a tu habitación para observarte. A veces te cambia el pañal. Te rozas a menudo. Cada noche tu papá te deja desnuda con maicena. Los barrotes de la cuna ya son cortos y te bajas con facilidad, avanzas como puedes por el cuarto, no sabes gatear. Ves por la ventana los árboles y el jardín, aprendes a perderte en el exterior por instantes. Exploras y todo lo metes a la boca, nadie te lo prohíbe; lo sacas por el sabor, no por precaución. Ya con un año y medio de vida tu papá decide enseñarte a caminar. Tu madre y él discuten la edad para hacerlo y tu papá le dice a ella que en la oficina la recepcionista le comentó que desde el año de edad pueden comenzar.

Caes muchas veces. Tu padre te anima a levantarte, Grace. Aprovecha, porque después no habrá nadie para darte su corazón, evitar que caigas tan duro y que te levantes fortalecida. Te cambian a una cama baja y confortable, es para una niña mayor. Tú ya sabes cuidarte, cada vez que tu pie toca la orilla de la cama ruedas hacia el centro. Tus padres hacen que seas independiente, sobrevivas y observes para aprender. Un día te asomas por la ventana y te maravillas, así lo harás por siempre; esa mañanita silenciosa tocas el cristal, estaba frío. Sales de la habitación y recorres la casa, te la vas aprendiendo. Tus pies descalzos van helados, estornudas a ratos. El cabello llega debajo de tu cara. El pijama que usas te queda arriba de los tobillos y a medio brazo. Ya caminas rápido. Pasan los días y tu papá te lleva una mesa. Ahí colocan un par de cuentos, una libreta y colores puestos en un vaso. Te sientas y haces rayones sobre las cosas que observas. Dibujas mucho a tu mamá sentada

en la sala en silencio con una copa en la mano dándote la espalda; por más que brinques y hagas ruido no te escucha. A veces encarga de comer algo que te gusta y te lo sirve en la cocina, otras veces solo hace una quesadilla, y en muchas ocasiones se olvida de ofrecerte algo. La visitan distintos señores, se sientan con ella en la sala, después se besan y se van a su cuarto, tú no entiendes qué pasa. Comienzas a ir al kínder; cuando a tu mamá no se le olvida llevarte, al llegar a la entrada te entrega en la mano tu lonchera verde diciendo que quiere tiempo libre. Sus descuidos te llevan a sentir miedo entre tus compañeros.

## Capítulo seis

---

---

**D**espertas temprano, Grace. Acostada en tu cama ves las estrellas que tu papá pegó en el techo de tu habitación. Sumerges la cabeza en la almohada y suspiras. Las estrellas brillan en la oscuridad, en ese momento el sol no impera. La luz fluorescente te ilumina. Escuchas ruidos en la cocina. Te levantas y tomas tu oso. Abres la puerta y te asomas un poco. Ves a tu papá en el pasillo, se apresura para marcharse al trabajo. Lo miras, viene hacia ti con pasos largos. Corres a la cama y te haces la dormida. Entra apresurado, tropieza con algunos juguetes y abre la cortina de la habitación. No dice ni una palabra, se acerca para darte un beso que te acompañará lo que resta del día. Te envuelve el verde de tu cuarto. Eres callada, tranquila, sabes estar sola. Sin llamar a tu mamá te pones a dibujar, utilizas muchos colores, la hoja se llena de rayones sin forma. El caos sale de tu

mano, pero es más certero que el desequilibrio de tu mamá, ese que no entiendes y sientes cómo te impregna.

Pasa más de una hora y no hay indicios de vida por tu casa. El sol ya resplandece y se mete por toda tu habitación. Juegas con algunas muñecas sin soltar a tu oso. Escuchas ruidos en tu estómago, tienes hambre. Tu mamá todavía no se despierta. Sales de tu cuarto, te diriges a la cocina, tomas un par de galletas Marías. Rondas por la casa. Ves hacia afuera por el ventanal y admiras el jardín. Mientras, brincas con un pie y muerdes la galleta. El movimiento de los árboles hipnotiza tus ojos. Pronto te desconcentras. Sigues caminando. Subes a los sillones de la sala. Sin hacer ruido te mueves con tus pies descalzos entre los cojines. Temes que tu madre vea y te regañe. Escuchas una puerta y te sientas con las manos cruzadas. Tragas la última galleta que traías. Observas que tu mamá sale de su habitación. Trae puesta una bata que vuela cuando camina deprisa. Te gusta porque es suave. Ella no nota que estás ahí sentada. Se dirige a la cocina, la sigues con la mirada. En silencio se sirve algo de tomar, lo bebe velozmente. Se sienta en uno de los bancos de la barra de la cocina. Te acercas y tomas su mano suelta que cuelga de lado. Ella reacciona con un brinco. Sus miradas se topan, evocas los ojos verdes de tu madre que te miran siempre desde lejos. Hoy estás cerca, ella no. Te pregunta: «¿dormiste bien?», le dices que sí, luego pregunta: «¿soñaste algo?», y cuentas una historia revuelta que no es cierta. Tu mamá quita la vista de ti y se sirve algo de beber. Interrumpe y apresura para que te cambies de ropa. Mira el reloj del pasillo y se enoja, ya es muy tarde para llevarte. Hoy tampoco irás al kínder. Te dice de mal modo: «debo salir un momento, no me tardo». Se baña y se arregla en un momento. Se pone esos tacones altos que le gustan a tu papá, su cabello rojo y abundante va suelto. Ella huele muy bien. Respiras y te quedas con su aroma. Se acerca

a ti y te besa, o eso crees. Sientes que su mano revolotea sobre tu cabello moviéndote la cabeza. Cierra la puerta con fuerza, te asustas con el ruido estridente que deja en ti una impresión no placentera. Escuchas la llave, cierra con seguro. Ella no llegará pronto como dijo. Te quedas pensando con la mirada en la nada. Te quedas sola y no es la primera vez. Sientes que la casa se hace grande y se vuelve silenciosa, más que tú.

Vas otra vez al ventanal que da al jardín, todavía el viento mueve a los árboles. Sientes que ellos hablan. Las ramas y sus crujidos te erizan la piel. Te diriges a tu cuarto, el color verde del que está pintado te recuerda a los ojos de tu mamá, te sientes arropada. Sentada en tu cama jalas con una mano el bracito de tu oso. Él ya está desgastado y perdió un ojo. Caminas a la cocina y lo llevas contigo, el hambre no se te ha quitado. Abres el refrigerador. Sirves leche y tomas más galletas. Enciendes el televisor. Giras la perilla y cambias a los distintos canales, dejas un programa de mujeres cocinando. Te echas en el tapete y giras de un lado a otro. Alzas y bajas a tu oso con las dos manos, le dices al oído: «estoy aburrída».

El día lo pasas de una habitación a otra. Iluminas, corres, brincas, vuelves a encender el televisor. Después te quedas dormida en la cama de tus papás.

Oyes que abren la puerta de la entrada y saltas de la cama. Es tarde, casi de noche. Tu mamá entra a su habitación, tus ojos la siguen, voltea a verte y te pide que te salgas. Se da el segundo baño del día.

Sales del cuarto cuando escuchas nuevamente la puerta, es tu papá. Te diriges hacia él y le das un beso, él te responde con otro. Te pregunta cómo te fue en la escuela. Te encoges de hombros y le mencionas que no fuiste. Él se molesta. Piensas que es contigo y le pides perdón. Le dices que tienes hambre. Va a la cocina y te prepara una quesadilla.

Tu mamá sale en su bata, su cabello escurre. Tu papá la cuestiona gritando. Ella llora sirviéndose algo de tomar. Con las dos manos te tapas los oídos y cierras los ojos. Dejas la quesadilla a medias. Minutos más tarde los dos voltean a verte y dejan de discutir. Tu papá te lleva a tu cuarto, te acuesta en tu cama destendida y te tapa hasta tu cuello. Sacas los brazos, acomodas a tu oso a un lado. Él cierra la cortina y antes de que apague la luz tus ojos recorren la recámara. Cierra la puerta con cuidado. Reina el silencio en tu casa, escuchas a los grillos que cantan afuera en el jardín. Abrazas a tu oso. Ves el techo y sientes el arrullo que acompaña a la luz fluorescente de las estrellas.

## Capítulo siete

---

*Cuando eres niño y un adulto está jugando a algo contigo siempre estás temiendo que llegue el momento en que se canse. ¿Cuándo empezará a mirar el reloj? ¿Cuándo dirá que tiene que hacer algo más importante que estar contigo?*

David Grossman

---

**E**s de mañana, Grace. Abrazas a tu oso, te levantas de la cama con el cabello enmarañado. Abres y cierras tus ojos de almendra para acostumbrarte al día. Haces a un lado la cortina. Miras por la ventana empañada, eso te gusta de esta época. Dibujas con uno de tus dedos a una niña con un oso rodeados de árboles y hojas, todo está seco. Escribes en silencio las palabras: mamá y papá. Luego plasmas un beso pegando tus labios al cristal helado, te hielas de pies a cabeza. Poco a poco recuperas el calor y borras todo con la palma de tu mano. La oscuridad se disuelve, reconoces

los colores del día. Escuchas el canto de algún grillo al que se le ha hecho tarde. Recuestas de nuevo tu cabeza en la almohada y volteas al techo para ver las estrellas. Suspiras. Tu habitación comienza a tomar color y te envuelve el verde como en otras ocasiones. Corres al baño a orinar, al oír el chorro te apenas. Te has hecho pipí en tu salón de clases. No has podido controlarte. Ese pensamiento te provoca un estremecimiento, te abrazas y destejiéndote regresas a la cama. Oyes que tu papá sale de su cuarto, sus pisadas en la duela son inconfundibles, el aroma a madera de su loción te dice que se aproxima a ti. Sonríes. Es el momento más esperado del día, esos poquitos minutos serenan tu río. Dejas a un lado a tu oso. Él entra a tu cuarto dándote los buenos días, abre la cortina por completo y dice que afuera hace mucho frío. En ese momento tu corazón palpita con el calor de sentirte amada. Él se acerca y te da un par de besos. Pregunta: «¿cómo dormiste?». Le cuentas y te escucha atentamente. Se abrazan. Papá te pone un suéter y te pasa unos calcetines. Por último comenta al aire, sin mirarte a los ojos: «tu mamá saldrá pronto y te hará el desayuno antes de ir al colegio». Notas que teme que sus palabras no se cumplan. Se despide diciéndote que en media hora tiene una junta. Sale en un movimiento rápido. Agrega a lo lejos un «te quiero» que se queda cercano a tu presencia. El aire fugaz que provoca su salida y el sonido de la puerta principal al cerrarse te devuelven tu soledad. Te quedas acostada mirando hacia afuera. El sol ya pintó de verde claro y ocres el jardín. El cielo sobresale en un naranja tenue. «Siempre quiero vivir cerca de las ventanas», te dices en voz alta.

Grace, procurarás en tu vida la sensación de rescate y de huida que te invade al ver la profundidad de las cosas; un aliciente para tu vida.

Una hora después tu mamá aparece en tu puerta a medio vestir. No la escuchas llegar, sus pasos descalzos son sigilosos e imperceptibles como ella. La nota más sonriente de lo normal. Te abraza y acaricia tu cabello. Los ojos se te abren redondos, aceptas su cariño. Dice que te apresuras para ponerte el uniforme porque deben ir al colegio. Sales vestida con el uniforme chueco. Recibes en una mano un puñado de galletas Marías y en la otra, un vaso con leche fría. «Tómame rápido esa leche, las galletas son para el camino. ¡Se nos hace tarde, Grace!», dice tu mamá. A todo obedeces. Quieres que su actitud amigable perdure y que ambas naden en la superficie de aguas calmas. En el coche le comentas: «mamá, me duele el estómago, no quiero ir a la escuela». Ella te contesta amablemente: «aguántate, ahora se te quita». Su buen modo te anima y te extraña. De un momento a otro las aguas se vuelven turbias y movidas. Escuchas de su boca una amenaza en grito: «¡Cuidado donde te hagas pipí!, si te orinas de nuevo en el salón no permitiré que salgas a jugar en el jardín ni que uses tu triciclo, ¿me entiendes?». Te da miedo. Sabes que por más que has intentado aguantar tus ganas, no resulta y por eso te llegas a orinar. Después de tal grito las galletas se atorán en su garganta, así que saca su botellita delgada, pequeña y metálica, esa que la acompaña a todas partes. Le da un gran trago y el sabor se amarga.

Llegas a la escuela, corres antes de que los encargados de intendencia cierren el portón. Dentro avanzas como si un viento interno te detuviera. Sales de tu ensimismamiento al escuchar el sonido estridente de la chicharra y entonces te das prisa a tu salón: segundo C. Vas hacia tu mesa y una compañera te pone el pie. Tropiezas y eso provoca la risa de algunas niñas. La maestra las calla y, con una seriedad que te oprime, te ordena que te sientes. Como

en otras ocasiones vas desaliñada, tu cabello está revuelto. Pasa por tu mente la amenaza de mamá. Te despides en voz baja de tu triciclo por unos días, porque sabes que te darán ganas de orinar a la salida y que la maestra no te dejará ir al baño. ¿Por qué? Porque todas deben arreglar sus cosas y rezar por varios minutos en voz alta. Estás inmersa en tus pensamientos. Te saca del letargo la mano de la maestra sacudiendo la tuya, llama tu atención y pide que mires el pizarrón. Ves sin mirar, sigues pensando, Grace. Piensas en que es normal que a la hora de la salida tu madre llegue caminando raro; siempre parece que se caerá. Piensas en que un grupo de niñas de quinto grado te ha dicho varias veces que ella es una borracha. Sientes pena y dolor. Piensas en que le preguntaste a tu papá «¿qué quiere decir borracha?», él cuestiona de dónde sacaste esa palabra. Tú le explicas y por primera vez habla contigo sobre la enfermedad que tiene tu mamá. No lo entiendes por completo, pero una parte de ti siente que esa era la respuesta a lo que no te gusta de tu casa. Sigues en tu interior, dispersa, ausente. Por último, piensas en la sensación que experimentaste la tarde que tu mamá se olvidó de ir por ti dejándote sola en la escuela. Ese día no contestó el teléfono de tu casa, así que tuvieron que llamar a tu papá. Él fue por ti en cuanto pudo. Eran las cuatro de la tarde, para una niña de casi ocho años eso era mucho tiempo cuando tu hora de salida era a la una.

Por más que intentas evitarlo, a la hora de la salida un líquido caliente, oloroso y amarillo corre entre tus piernas mientras es hora de rezar. Dejas un charco muy evidente. Tus pantaletas, calcetas y falda están empapadas. Tus ojos se humedecen, de vergüenza y miedo. Tus lágrimas corren constantemente y empapan tus mejillas. Tu corazón se hiel a escuchar las risas de las niñas de tu grupo. La maestra

grita en frente de todas: «otra vez lo mismo contigo, Grace. ¡Ponte a limpiar!», te dice con voz molesta.

Todas se han ido y te quedas trapeando. Piensas en la orina, en ese mismo chorro fuerte y constante que sale cuando estás sentada en el baño, ¿por qué está bien que lo hagas ahí donde nadie te ve? Ahora no comprendes por qué te sucede. En algunos años volverás a orinarte evocando tu pasado; solo que ya lo harás alcoholizada, ida por las drogas. Y luego, una vez sobria entenderás las dos situaciones, dejándolas bajo el agua turbia.

## Capítulo ocho

---

---

**P**equena Grace, te encuentras en el jardín, pedaleas tu triciclo con fuerza, y luego lentamente cuando pasas por la ventana del cuarto de tus padres. Escuchas su pleito con atención. A tu mamá se le pasaron las copas otra vez y tu papá le recrimina. No quieres entrar todavía a casa. El triciclo te queda chico, aun así, lo usas. Hacer a un lado la niñez te obligaría a entender lo que sucede y a hacerte cargo de ti misma. Grace, tu corazón latería deprisa encerrado en tu pecho y a nadie le importaría. Tus familiares seguirían en sus mundos, te dejarían de lado como es costumbre, pequeña. Regresas a ti misma, ves el triciclo verde y sigues la marcha, por un instante te pierdes en el sonido de la noche, dejas los oídos sordos a la discusión y al llanto. Ves una luciérnaga, hay dos, tres, muchas más, bajas de tu pequeño vehículo y te recuestas en la tierra, ves las copas de los árboles en movimiento. Hace frío, lloras lentamente, tal vez de

alegría por el momento al sentir la caricia del suelo húmedo, o tal vez por lo que te esperará en casa dentro de poco tiempo. Tienes once años, Grace, pero por muy grande que seas, sigues siendo una niña. Son las doce de la noche, tu papá te llama, abandonas tu triciclo en la oscuridad, escuchas el susurro de los grillos y el movimiento de los insectos. Caminas lento, no deseas entrar, pero tarde o temprano lo haces. Tu padre te arroja con una cobija verde fuerte como las circunstancias, te da un vaso con leche y algunas galletas. La sala está impregnada de olor a alcohol, tu madre es otra vez una ausencia en la noche; en cambio, ves que dos botellas vacías adornan la mesa de la sala. Tu padre no te dice nada, no da ninguna explicación, ni hace preguntas sobre cómo te sientes, tampoco te da un abrazo, Grace. Solo comenta: «Es tarde y mañana tienes escuela. ¿Hiciste la tarea?». Levantas tu mochila y le muestras lo que escribiste a medias, él se lleva las manos a la cabeza, desesperado. Comienza a quejarse de su día, de su vida y tú no entiendes; guardas la libreta, Grace, tomas tu mochila y caminas a tu habitación. Pones seguro a la puerta, no te sientes bien en ningún lado. Antes de dormir, ya con pijama, acercas un cuaderno de dibujo y haces unos trazos de color verde oscuro con notas musicales y letras amorosas. Recuerdas al niño que te gusta. Escuchas gritos de tu mamá jurando a tu papá que tomará menos, Grace, conectas unos audífonos a tu reproductor de casetes y escuchas música, te aíslas.

En la mañana despiertas muy temprano, te pones tu uniforme, peinas el cabello y amarras un lazo verde esmeralda; tomas tu mochila, vas al comedor con la intención de terminar la tarea de ayer y desayunar, Grace, pero es imposible, ves a tu madre en la sala con un cigarro, tomando una copa a lado de unas botellas vacías. Coges un par de galletas Marías de la cocina y sales. Tu padre ya se ha ido,

contemplas el garaje vacío, se fue sin avisar. Caminas seis kilómetros, llegas tarde a la escuela. No dejas de pensar en mamá, en la promesa que había realizado a gritos la noche pasada; ella permaneció en la sala cuando te fuiste, no habló contigo ni volteó a verte.

A la salida de la escuela nadie va por ti. Un grupo de chicos, mayores que tú, se ofrece a llevarte. Subes al carro sin saber quiénes son, solo los has visto en la escuela. Son cuatro, el que va tu lado te roba un beso, tú lo apartas, uno de adelante te ofrece un trago de cerveza, lo tomas, no te gusta y lo escupes. Les pides que te bajen para continuar a pie. Uno de ellos te grita que cuando quieras te pueden llevar. Tus pisadas son lentas, comienza a caer una llovizna que te hace disfrutar y olvidarte de todo. Dejas tu rostro abierto hacia el cielo, cierras los ojos, recibes lo que te regalan las nubes cargadas, lo alojas en tu interior.

Más adelante un automóvil toca el claxon, es tu papá, te pide que subas al auto, te da su chamarra. No dice ni una palabra, pero sus manos acarician tu cabello que escurre. Reservas lo que viene a tu mente sellando tus labios. Volteas por la ventana a ver el verde paisaje, las gotas de lluvia que corren deprisa, y el reflejo de tu cara: tu nariz roja, tus ojos grandes y negros fijos. Tus calcetas mojadas hacen que tus pies permanezcan fríos, retiras tus zapatos, igual que el lazo verde de tu cabeza. El pelo cae en tus hombros, sientes alivio y satisfacción. Vas acompañada de tu papá, eso te contiene y da calor. Tu padre es cariñoso, sin ser empático o amoroso.

Una vez en tu casa encuentran a tu mamá dormida en el sillón, tu papá se pregunta en voz alta «¿de dónde saca tantas botellas?», tú levantas los hombros. La lleva a su cuarto y se encierran. Todo huele a cigarro, abres las ventanas y atrancas los mosquiteros altos. Sales para respirar,

ves el triciclo verde y decides no volverte a subir. El llanto se te contiene en la garganta y te oprime el pecho, te sientes sola. Cargas el pequeño vehículo con los dos brazos, es pesado, lo dejas en una esquina del garaje. Lo que necesitas es una bicicleta para ir a la escuela porque la situación complicada en tu casa seguirá. Te das un baño en la regadera. Con cada gota que te cae, Grace, piensas en ese beso robado, te agradó, recuerdas a esos chicos simpáticos, el trago de cerveza y deseas volver a encontrarlos. El agua recorre tu piel, mueves hacia atrás tu cabeza para que el chorro de agua quite lo que resta del champú de tu cabello. Cierras los ojos quedando en la oscuridad, te sostienes de paredes. Tus labios se abren, recibes algunas gotas y las contienes junto con las palabras que te guardas ahogándose.

## Capítulo nueve

---

---

**T**u mamá se encuentra en la sala caminando de un lado a otro con la ansiedad afilada y te pregunta: «¿a dónde vas, Grace?». No le contestas. Le miras el cabello amarillo, enredado y desalineado, supones que no lo ha lavado en varios días. Traes puesto el vestido corto color negro con verde. Sabes que ella odia verte con él porque luces tan delgada y llamativa. La observas, piensas que es tan joven y marchita al mismo tiempo. Todos los días sales a media tarde, pero hasta hoy ella se da cuenta. Sonríes y volteas a ver su copa. Ella baja la mirada a su trago y te vas. La sonrisa se torna una mueca después que el corazón es martillado.

La realidad es que desde hace años te ahogas dentro de tu casa. Sales a que tus pulmones se llenen de aire, tus labios de besos y risas, tu cuerpo de deseos y tu cabeza de olvidos. Afuera te espera un chico de universidad, Grace. Tienes solo quince años y adoras que te busquen hombres

mayores. Ellos se interesan más en besarte, tocar tus partes íntimas y tener sexo; eso a ti te llena de placer. Van sin rumbo. Se estacionan y se manosean. Se pasan al asiento trasero del auto para tener relaciones. Dan vueltas por la ciudad. Toman un par de cervezas. El chico se cansa de ti, es hosco contigo, deja de hablar. Se dirige a tu casa y mete su mano entre tus piernas, lo dejas. Empinas la última botella de cerveza. Afuera de la cochera acercas tus labios para besarlo, él te aparta. La sensación de abandono te baña. Bajas del automóvil. Te tambaleas al caminar, fallas para meter la llave en la cerradura, no puedes abrirla. Para que no te den un sermón decides no tocar el timbre. Así que intentas entrar por el ventanal de tu cuarto. Se encuentra cerrado. Te sientas en la banca que da al jardín en la parte posterior de la casa, ahí los árboles que te acogen. Percibes el aire helado de la noche. Te quitas los tacones y ves que tus pies están hinchados, rojos de los lados y te sangra un talón. Los sobas y contemplas tus uñas pintadas de rojo. Frotas tus brazos con las manos para quitarte el frío y consolarte, la sensación de soledad te acompaña después de tomar alcohol y tener sexo. Miras la oscuridad que se escucha densa y se respira serena. Te sientes mareada, otra vez la noche se salió de tus manos. Los párpados te pesan y quieres dormir. Sales del letargo, Grace, intentas ingresar por otros ventanales de la casa. Por fin el de la sala abre. Entrás y caminas descalza a tu recámara, la duela cruje y recuerdas las hojas secas que caen de los árboles en tu jardín. Te sabe a niñez. Nadie escucha, nadie cuestiona.

En la habitación no enciendes la luz, conoces tu cuarto de memoria, los aromas y texturas te ubican, Grace. Recostada en la cama cierras los ojos, y piensas en el muchacho con el que saliste, en sus manos, en sus besos y en cómo te dejó. Lo sentiste diferente y crees que no volverá a buscar-

te. De tu entrepierna todavía escurre su semen y no haces nada al respecto. Te quedas con los ojos abiertos un rato más. Recuerdas al hombre, de cuarto año de arquitectura, que estuvo contigo un par de semanas. Sentías que eras su novia, aunque él tenía una pareja de su universidad. Con él tuviste sexo por primera vez, tenías catorce años. Lo invitaste a tu recámara, al menos cuatro veces, cuando sabías que tus papás no estaban. Era raro que tu madre saliera, pero en ese tiempo tomaba una clase de cocina donde cenaban lo que preparaban y bebían todo lo que deseaban. Te divertías y disfrutabas con él. Cuando te visitaba, traía cerveza y unos caballitos de tequila. Los tomaban y eso te relajaba. Te dejaba borracha y dormida en tu cama. Después salía por el ventanal de tu cuarto. Tus padres llegaban tarde, jamás se enteraron de algo.

Siempre estás acompañada de hombres, Grace. Hay muchos que han pasado por tu vida. Estuviste varias veces con aquellos muchachos que te daban raid. Cada uno de ellos te besaba y te daba trago de sus bebidas alcohólicas. Los recuerdas a todos. Esta noche sueñas tanto con el dolor como con el placer que te hacen sentir los hombres.

A la mañana siguiente te duele la cabeza, pensar en el chavo con quien estuviste te da náuseas, coraje y tristeza. Vas a la cocina a buscar unas aspirinas. Tu papá pregunta: «¿a qué hora llegaste ayer?», mientes, se te ha hecho costumbre. No cuestiona por qué estás tomando un medicamento. Tal vez no se fija. Te abraza y da un beso en la cabeza. Se despide de ti y se va a trabajar. Te das un baño y cambias rápidamente. Tomas tu mochila verde. Tu mamá sale envuelta en una bata medio abierta, no le dices nada, tampoco ella a ti. Partes a la escuela. Tienes tiempo y caminas, deseas que te dé el aire en la cara. Los momentos como este son importantes para ti, son para pensar. Te viene a la mente la imagen de tu mamá.

Agitas la cabeza y decides sacarla, hoy no quieres agobiarte. Solo deseas respirar, sentir el aire frío en tu cuerpo y que te impregne el olor a pasto mojado.

Cumples dieciséis años y hay crisis en tu vida. Tus papás amenazan con divorciarse. Todo el tiempo escuchas gritos. Mamá rompe jarrones, platos, vasos; después, termina tirada de borracha. Papá duerme en la sala. Tú solo deseas irte de ese *hogar* si es que puedes llamarle así. Consigues un novio que te consuela. Te diviertes con él. Le tocas sus genitales y le enseñas a tener sexo contigo. Cuando no es en tu casa lo hacen en los baños públicos o en el carro. De vez en cuando le compras unos tragos con la intención de que ambos se mareen, él a cambio te da marihuana. Siempre llegas borracha a la casa, nadie se da cuenta, cada quien está inmerso en sus propios problemas.

Dejas a este novio porque ambos se aburren. Comienzas a ver a tu maestro de historia. Él te lleva a su casa. Pone una película con cuyas escenas te humedeces. ¡Lo hace a propósito! Desea excitarte y lo logra. Te toca con sus dedos y tiene sexo contigo. Lo hacen en su cama mientras su mujer está trabajando. Terminan y trae la botella de coñac, «te quiero como mi amante, Grace». Tú te emocionas y aceptas. Así continúan por un par de semanas, pero pronto te enteras de que estás embarazada. Ahora tienes miedo. Él se estresa demasiado porque tú sigues siendo menor de edad, además, no quiere perder su matrimonio. Juntos se dirigen al consultorio de un amigo de él que es médico. Te practican un aborto. Pierdes mucha sangre. Él, aún aturdido, te deja a una cuadra de donde vives. Pide que no le digas nada a nadie. Caminas hasta tu casa. Llegas muy pálida y adolorida. Tu papá te ve fijamente y pregunta: «¿Grace, pasa algo?». Niegas con la cabeza. Mientes con facilidad. Lo cierto es que vienes desecha, en cuerpo y alma. Estás enamorada del maestro. Faltas unos

días a clase. Cuando regresas a la escuela no lo encuentras. Lo han transferido. No te vuelve a buscar, ni para preguntar cómo estás. Su abandono lo sufres hasta dejarte sin sangre que viaje por tus venas. Apagas tus días.

Llegas a los dieciocho años. Tus padres siguen juntos, nunca se separaron, aunque tú deseaste que lo hicieran hace años. Te sigues fugando de casa, de la escuela, de la vida, de las horas para perderte con alguien. Tu compañía son el alcohol y ahora las drogas. En la calle eres feliz y rebelde. Te prenden todos los excesos. En cambio, en tu casa eres una chica que observa su entorno. Eres callada, depresiva, te aíslas en soledad. Guardas marihuana en las zapateras y una botella de ron en el tanque del escusado.

Vives tus años de adolescencia entre amores, fiestas, vinos y licores. Eres de corta edad y tienes un largo camino por recorrer. Pero, te satisface la vida fácil. Construyes un castillo con altos muros. Parecido al de tu mamá, pero más complejo. El tuyo está lleno de verdes laberintos por recorrer.

## Capítulo diez

---

---

**E**stás segura de que deseas estudiar arquitectura. Vas sola a informarte a tres universidades. Una de esas instituciones te llena. Te conquista su campus y su plan de estudios. No trabajas, así que necesitarás que tu papá la pague y que tu mamá esté de acuerdo (sabes que ella lleva las riendas en la casa). Ya manejas, tienes un Volkswagen blanco con interiores cafés. Disfrutas andar en él por toda la ciudad. De vez en cuando caminas en esa carretera que lleva de tu casa a la ciudad, para ordenar tus pensamientos. Algunas veces un chico te sube en su coche y juegan un rato.

En la mañana, antes de que vaya al trabajo, le comentas a tu padre tu deseo de estudiar la carrera de arquitectura en una universidad privada. Genuinamente se alegra de ello. Pero te pide que investigues el costo. «Lo más seguro es que tú tengas que pagarte una parte, ¿por qué no buscas una pública, Grace?». Pero tú ya viste todas las opciones. A

la universidad a la que quieres asistir debes pagar. No puedes solicitar una beca porque tus calificaciones son fatales. Tu padre se despide sin preguntarte por qué deseas estudiar arquitectura con tanto ahínco. No escucha lo que sigues. Te da un beso rápido en la frente y se va.

Ya tienes un semestre que no haces nada, solo sales de fiesta por las noches con tus amigas y amigos. Llegas de madrugada a veces con copas de más. «¿Será que mi padre duda de mi capacidad de conseguir un trabajo?», te preguntas, Grace. Los jóvenes de tu edad en esta época ya estudian licenciaturas o ingenierías. Tú te sientes rara, fuera de lugar. Son muy pocas las mujeres que están casadas a tu edad, que tienen una preparatoria trunca o no van a la universidad. Tú quieres sobresalir. No te das cuenta de que buscas ser reconocida, vista porque siempre has sido tan ignorada.

A la hora de la comida tu mamá se levanta. Vas a platicarle y te dice: «ahora no, me duele la cabeza». Se mete a su recámara nuevamente y la cierra de un portazo. Tu papá alguna vez te platicó que ella es licenciada en leyes, tuvo su propio despacho y era reconocida. Le fue complicado estudiar porque trabajaba mucho para alimentarse y pagar la universidad, pero siempre cumplía. En esa época de su juventud las mujeres se casaban y tenían hijos.

Te vas a tu habitación y ves la huella de las estrellas que arrancaste, hoy lo lamentas. Recostada en la cama volteas tu cuerpo del lado izquierdo para observar el exterior a través de la seguridad de tu casa. Es un día tranquilo. La inquietud solo vive dentro de ti. Las paredes de tu casa representan contención, sobre todo tu habitación de muros verdes que te abraza desde que eras una pequeña bebé. Respiras el aire que se cuele. Es uno de los pocos momentos que tu corazón cabalga a conciencia y a paso lento. Te quedas dormida. Horas después escuchas la duela crujir, ese sonido siempre te ha recordado

al sonido que producen las hojas secas cuando las pisas en el jardín a finales de otoño o invierno. Te levantas de prisa y confundida al escuchar ruidos en la sala. ¿Será tu mamá? Recuerdas que quieres platicar con ella. En muy pocas ocasiones han conversado. Pero ahora es importante que te fuerces a hablar con ella, porque las colegiaturas dañarían la economía del hogar. Vas descalza, llevas un vestido verde primaveral, liso y suelto; deja ver arriba de tus rodillas, pero no tu talle. Miras a tu madre que se sienta en el sillón de la sala donde suele acomodarse todos los días. Te pones a un costado, en el sillón individual. Comienzas titubeando, tartamudeas, no sabes cómo hablarle. Ella sigue con su rutina sin prestarte atención. Dices de pronto: «mamá, deseo estudiar arquitectura». Te volteas a ver y comenta: «tú no podrías con una carrera. Pasas tus días en la calle, sin rumbo. Das vueltas con tus amigos o desconocidos. Tomas la mayoría de los días de la semana. ¡Quién sabe a dónde te llevará esa conducta! Dentro de unos años sentirás unas inmensas ganas de morir. La tristeza te envolverá. Serás un capullo eterno. Te enfermarás, no querrás ni desearás nada. Serás un mueble más aquí o donde sea que estés. Te quedarás sin sangre en tus venas. Correrá por ti el desasosiego acompañado de falta de amor y no podrás hacer nada. Tu cuerpo pedirá más y más alcohol; también drogas y sexo. No creo que puedas con una carrera, no tú». Te quedas callada. Jamás habías escuchado que tu madre se sincerara contigo. No te imaginabas que notara tus acciones ni que considerara que te pierdes poco a poco en un abismo, cuando ella misma ya está perdida, Grace. Ella enciende su cigarro, se sirve una copa y fija su mirada en la nada. No te ve y te dice que te largues. Vas con el corazón liso, te sientes vista y escuchada. Reconoces que sus palabras fueron negativas, pero hablaron desde el dolor y con certeza. Calzas unos tenis y vas al jardín, llevas unas galletas Marías. En el borde de una banqueta del-

gada haces equilibrio con un pie delante de otro. Los brazos los alzas a la altura de tus hombros. La mano derecha la llevas a tu boca para meterte a la vez una galleta completa. Por un momento te ves de niña. Tu mente en general gira en espiral por lo que te dijo tu madre. Palabras sueltas e hirientes: «no puedes», «sin rumbo», «alcohol», «muerte», «enfermedad», «sin sangre», «sexo», «drogas», «falta de amor». ¿Qué quiso decir con eso? Eres joven, no te das cuenta de que tu cuerpo comienza a enfermarse.

Te sientas en la banca, abajo de los árboles, afuera de tu cuarto. Lees una novela romántica con tendencia a ser erótica. Sientes que te retan, tomas notas sobre seducción. Ya has tratado de llevar a cabo las escenas leídas en tu libro con hombres que se te ponen enfrente. Tu cuerpo se estimula fácilmente. Es fascinante para ti que los muchachos de todas las edades se exciten con tus modos.

Llega tu papá y te alcanza en la banca. Te arropa con una manta. Dejas el libro y ahora escuchas atentamente a los insectos. Vives la noche. Platican nuevamente de tus ganas de estudiar arquitectura. Él te pregunta: «¿por qué quieres esa carrera?», le respondes: «quisiera construir casas donde los colores vistan y la naturaleza las rodee para darles vida a las formas».

Tu madre tenía razón. Después de unos meses dejas los estudios a medias, Grace. Los excesos y la falta de concentración te ataron a unos barrotes dibujados por ti misma. Ahí no hay colores y la naturaleza es apenas notable. Ni siquiera puedes mantener un trabajo: llegas tarde, te quedas dormida en el escritorio, no cumples con lo mínimo que debes hacer. Tu jefe se cansa y te corre. Tu padre no puede pagarlo todo y tú ya no tienes dinero para aportar.

Olvídate de tus sueños, Grace. Concéntrate en quererte.

# Capítulo once

---

---

«Voy a una fiesta», le avisas bruscamente a tus padres al mismo tiempo que cierras la puerta principal de tu casa dando un portazo, como esos que daba tu mamá cuando eras niña. Cada que lo haces lo sientes en todo tu cuerpo, Grace. Vienen a tu mente tantas escenas. Él no alcanza a decirte nada, lo dejas con las palabras en la boca. Ella solo alza la mano diciendo adiós y manda un beso al viento. Regresas, como en muchas otras ocasiones, con copas encima. Tu papá te escucha entrar y sale a verte. Te deja siempre una luz encendida con la intención de que no te tropieces. Sabe las condiciones en las que llegas a casa. Ya es costumbre para todos. Jamás te comenta o reclama nada. Él vive con sus propios demonios y apenas puede con ellos. Te acompaña a tu cuarto, te acuestas vestida y ebria. Te tapa con las cobijas. En el techo de tu habitación ya no hay estrellas que te iluminen y acompañen. Las arrancaste todas, el día que

te sentiste mujer, cuando unos chicos te besaron y te dieron tragos de cerveza. Para llenar el cuarto vacío pegaste en las paredes pósteres de artistas que te gustaban y de quienes escuchabas sus canciones una y otra vez. Ahora todo está enmarcado por el verde del muro. Te acuestas en tu cama y tu mirada se pierde remotamente en tu habitación, ves cada detalle. Tu corazón late con intensidad, recuerdas la historia que un día escuchaste de los labios de tu mamá. Te contó cuando el cuarto fue pintado de verde por uno de los muchos desacuerdos entre ella y tu papá. Ella quería que fueras niño, te lo dijo una mañana cuando estaban sentadas en el jardín. En ese entonces eras pequeña. Al escucharla miraste al cielo imaginando cómo sería si fueras como ella quería. El silencio las abrazó, sus cuerpos cercanos estaban alejados de cualquier caricia. Creces con la duda de saber por qué ella deseaba eso, no le preguntas jamás, intuyes que la respuesta te dolería.

Por la tarde sales a la discoteca con tus amigas y amigos. Están platicando en la entrada haciendo la fila, pronto los pasarán. Ves que un muchacho alto y delgado se cuela junto a ustedes. Queda pegado a ti en el tumulto. Te le quedas viendo y escuchas que dice con disimulo que se llama Joaquín. Le sonrías. Entran casi al mismo tiempo. Lo tomas de la mano y lo llevas a la barra. Sientes en su palma el sudor que le emana. Está nervioso, lo sabes. No es la primera vez, muchos hombres se ponen nerviosos contigo, por tus atrevimientos. Se sientan en dos bancos altos y le pides al barman: «dos *vodka mojito* bien cargados, por favor». Joaquín levanta la mano negando, «yo solo quiero agua mineral». Mueves la cabeza de un lado a otro, piensas: «un abstemio, espero que no sea aburrido en la cama». Te pregunta tu nombre con un susurro al oído. La música toca con un volumen muy fuerte. Le dices te llamas Grace. Te mira a

los ojos observándote, vuelve a susurrarte muy cercano a ti: «tu nombre es tan bello como tú». Lo escuchas atentamente cuando te dice: «desde que te vi sentí que quiero todo contigo». Te estremeces.

Cuando terminas tu quinto trago él grita por encima de la música: «¿te puedo llevar a tu casa?». Le dices que sí. Te atrae mucho, es guapo y educado. Esa parte de un hombre solo la conocías en tu padre. Se dirigen al estacionamiento y aunque no tomaste tanto estás lo suficientemente mareada como para sentirte bien. Te abre la puerta del carro. Ningún hombre había tenido ese detalle contigo. Arranca y platican un poco de todo. Se lamenta por su padre alcohólico y su madre ausente que sufre por la vida que le tocó. Tú deseas oír otras cosas, pero le pones atención. Te sientes cómoda y le cuentas sin profundizar sobre tu vida. Le confiesas que tu madre se embriaga mucho, que tu papá vive totalmente para ella (y a la vez no); solo en algunas ocasiones están ambos para ti. Quieres cambiar el tema, entonces le subes el volumen a la música. Bailas felizmente en el asiento. Le tomas la mano y la pones en tus piernas, él las acaricia con torpeza. Murmura que tiene ganas de conocerte más, le encantas. También declara que desea sentirte con sus dedos hasta el fondo de tu falda tan corta. Sonríes y volteas hacia afuera. Le pides que se estacione bajo el árbol al que se aproximan. Tomas su mano y la jalas para que toque entre tus piernas. Haces tu pantaleta a un lado mientras lo besas con desesperación. Notas que su pantalón se abulta con rapidez. Tocas su pene por encima de la ropa, bajas su cierre y te inclinas para besarlo. Él recarga su cabeza en el respaldo y acaricia tu cabello. Toca tu piel con mucha pasión y ternura. Le pides que se suba en ti ahí mismo. No hace acaso, te hace a un lado con delicadeza y arranca el automóvil. No puedes creerlo. Te ofreciste y te despreció. Es la primera vez

que te rechazan. Al llegar a tu casa te pregunta: «¿mañana te gustaría ir a comer a un restaurante conmigo?, después podríamos dar un paseo en el parque, tirarnos en el pasto y platicar». Te sientes extraña. No sabes por qué él no quiso terminar esa noche dentro de ti. Te atrae bastante. Le dices que sí, quedan en una hora y bajas para entrar a tu casa.

Pasa en la mañana. Sin copas encima lo ves distinto. Te sientes un poco retraída, él lo nota y trata de hacerte plática. Acaricia tu mejilla y cabello. Enciende la música. Pone algo tranquilo. Volteas a ver por la ventana y te pierdes en el pasar rápido de casas, coches y paisajes pintados de ocre. Se estacionan afuera del parque más grande de la ciudad. Caminan de la mano y encuentran el lugar perfecto bajo un sauce frondoso. Él lleva una mantilla que extiende sobre el pasto. Ambos se acuestan, rueda hacia ti y coloca su cabeza sobre tu pecho mientras contemplas figuras en las nubes. Es extraño que no tenga sus manos en todos los rincones de tu cuerpo; es raro que no esté arriba de ti. Después de un tiempo en el parque van a un restaurante de comida italiana. Al final del día te regresa a tu casa, deseas volver a verlo. Todo lo que hace él provoca que pienses de otro modo sobre los hombres.

Así pasan varios meses. Se citan y consolidan un amor. Pronto la pasión los lleva a la cama, pero ahora es distinto, a Joaquín lo amas. Quedas embarazada, apenas tienes veinte años, Joaquín tiene veintiocho y ya es más estable. Juntos deciden tener al bebé y contarlo a la familia. Tus papás se alegran. La familia de él pide que se casen lo más pronto posible, antes de que se note el embarazo. No pones objeción, quieres estar con Joaquín. Te adaptas. Tu suegra te indica que será una boda católica aunque tú difieres. Le pides una copa para dialogar (o discutir), ella te advierte que no habrá vino para ti por un buen tiempo, debes cuidar al bebé. Te

pones nerviosa de pensar tu vida sin alcohol. ¿Lograrás estar ocho meses sobria?

Se casan por la iglesia, tienen una boda muy tranquila y conservadora. Es un festejo muy distinto al que tú alguna vez imaginaste. Joaquín y tú ahora viven juntos. Todo marcha bien. Experimentas ansiedad por la falta de bebidas embriagantes. Él lo nota y le preocupa. Trata de ser cariñoso y atento contigo, intenta que olvides el alcohol. La abstinencia te mantiene mal, te deprime. Esta es la primera vez que te comparas con tu mamá, y odias hacerlo. Te apoya en todo momento. Pasan los meses, la paciencia se escurre como arena entre los dedos. Te aferras a tu esposo, Grace, porque te regala la calma que no tienes.

## Capítulo doce

---

---

**C**uando nació tu primera hija sentiste temor que ella siguiera los pasos de tu mamá, ¿y los tuyos, Grace? La sensación te acompañó todo el embarazo. Cuando la viste a tu lado es que decidiste darle amor, el que sentiste que te hizo falta. Repetías constantemente en su oído: «serás feliz». Después nació tu hijo, sentiste que tu vida se completaba.

El alcohol no lo ves como un problema, es solo tu forma de caminar. Aunque no quieres parecerte a tu mamá confirmas en tu mente, te contradices, Grace. Es mejor no ver, te conviene, así pasan los años.

Tu madre tiene días que se siente mal. Vas a verla con tus hijos, son pequeños y aún no saben lo que es morir. Su semblante es amarillo y demacrado, se fatiga con facilidad y ha perdido mucho peso. A tu hija le disgusta ir a verla porque no solo detesta el olor a alcohol y el cigarro siempre

encendido; sino también la falta de cariño que les tiene a ti y a ellos. Últimamente es grosera y tosca.

Tu papá te comunica que la cirrosis ha avanzado y no hay nada más que hacer. Su hígado está muerto en un noventa por ciento. Ella desvaría y dice disparates; también dice verdades que duelen. Ya no existe el más mínimo filtro que había en su mente. Daña a los demás, sobre todo a ti porque te tiene coraje, Grace. Tus hijos no aguantan estar ahí y pronto se despiden de ella. Los llevas a casa y regresas con tus padres. Tú también bebes en exceso, llevas un termo con vino blanco y en el camino le vas dando tragos grandes. Tu cabeza no dimensiona la enfermedad y el sufrimiento de tu madre a causa de la cantidad de alcohol que ha bebido toda su vida. Piensas que tu caso es diferente y que a ti no te pasará nada. Se te vienen a la mente escenas de tu madre: tambaleando despeinada por la casa, semidesnuda y con la ropa desfigurada. Lloras y el mar te acompaña inundando el carro hasta tus rodillas, así de fuerte es el sufrimiento que te acompaña. Sabes que morirá pronto y empinas el vino hasta terminarlo. Desde pequeña tu mamá se sentó en la sala dando la espalda a la vida, dejando a la vista los hombros cubiertos por una manta y su cabello enredado sin lavar. El humo del cigarro se estacionaba a su alrededor, invisibilizándola. A veces abrías la ventana para que el humo viajara por la casa hasta encontrar la salida y pudieras observarla. Las palabras entre ustedes fueron mudas, las que salieron de ella eran sin sentido dichas al aire y con desequilibrio de su cuerpo. El pasado se te viene encima y tratas de abordarlo. Estacionas el carro y bajas a la casa de tu padre. Aún tienes llave, no es necesario tocar. Cierras la puerta principal y caminas por la duela haciendo el ruido característico, tu papá se acerca. Tu mamá ha vomitado sangre desde que te fuiste, no para de hablar palabras y frases desarticuladas.

Vas a verla, se encuentra acostada en su cama con la mirada ida. Llama a su madre muerta pidiendo ayuda, grita. Tapas tus oídos. Después te menciona a ti y comenta lo difícil que ha sido ser tu madre. Lloro. Tu padre y tú comienzan un llanto quedo y constante. El agua salada les sobrepasa los talones, ves que papá se descalza y se arremanga el pantalón, va contigo y te hace lo mismo, «no hay nada que hacer, yo estoy inmersa en esa realidad; me he hundido y nado sin rumbo». Él te abraza y oyes en tu oído: «no importa, yo te cuidaré». Llamas a una ambulancia. Sales un momento dejando charcos de lágrimas a tu paso, te diriges a tu cuarto de la infancia. Caminas descalza haciendo mucho ruido, dejando huellas. Entrás, corres las cortinas, el sol ilumina todo y el verde de los muros te contiene, miras a tu oso de felpa sobre la almohada, lo abrazas y te quedas sentada en la orilla de la cama mirando al exterior, los mismos árboles, el mismo campo, ellos se estacionaron para ti. Sientes nostalgia. Los hombros se te cargan con un peso exagerado como en tantas ocasiones. Escuchas la ambulancia, corres para abrir. Se llevan a tu madre muy débil cantando disparates. Estás a punto de subir a la ambulancia y tu papá te toma de la mano para decir: «es a mí a quien le toca cargar con el sufrimiento de ella». Te quedas parada en la calle mirando cómo se alejan. Tus movimientos se aletargan por tensión y el vino que te tomaste. Vas lento. Cierras la casa, subes al carro. Te diriges al hospital. Antes te paras en una tienda a comprar una botella de vino. En el estacionamiento de la clínica le das unos tragos y te bajas. Tu madre está en una lista de espera interminable para conseguir un hígado. Le tienen que hacer un trasplante. No ha habido respuesta positiva. Una vez te atreviste a ofrecer dinero; te arrepentiste de inmediato porque no es justo que tal vez muchos de los anotados no tienen dinero y al igual que ella deba-

ten entre la vida y la muerte. Entrás al cuarto blanco, tu mamá está inconsciente con oxígeno en nariz y boca, conectada a un suero y a un monitor. Sus labios se ven secos, agrietados, debajo de sus ojos hay pronunciadas ojeras. Te quedas todo el día acompañándola. Tres tazas de café te ayudan a soportar el sueño. Por la tarde decides ir al baño para meterte una línea de coca en cada fosa nasal, te sientes viva. También le das un gran trago a la botella. Cuando regresas al cuarto encuentras a Joaquín, quien ha llegado después del trabajo. Te abraza, tú retiras tu cara para evitar que te huela. Tu misión es imposible, hueles a alcohol a varios metros. Miras sus ojos llenos de decepción y dice: «no puedo creerlo, tu mamá se muere por alcohólica y tú vas por sus mismos pasos, Grace». Odias escucharlo y te volteas para salirte. Antes, te jala del brazo para comentarte que te limpies el polvo blanco que se te asoma en la nariz. Te zafas con desprecio. Afuera te reúnes con la noche. Entran y salen personas, paramédicos y heridos. Te alejas una cuadra para quedar cerca de los árboles en la oscuridad iluminada por un farol. «Mi mamá se muere, mi mamá por fin descansará, ¿descansaré yo?, ¿mi papá?», piensas. La agonía comenzó hace tres años cuando le dijo el doctor que no debía tomar más, Grace. Te enojabas cuando llegabas a visitarla y la veías bebiendo. Le recordabas las palabras del doctor y apenas volteaba a verte. A ella no le importaba nada más que tomar. La internaron en centros de rehabilitación varias veces sin que ella estuviera convencida, jamás aceptó que tenía un problema. Desde hace un año vino el declive y ya no se pudo volver a subir a la colina, Grace, por más que se apoyara en ti. Además, tú no eras de fiar. También te perdías a menudo en tus excesos. Su estado la traía por los suelos y ahora los dolores son intensos, no quieren prolongarle la agonía. Un día trataste de conseguir morfi-

na para que ella muriera lento, en tu casa, acompañada, sin aparatos y sin médicos. Tú solo querías que no sufriera. Tu padre no lo permitió, el doctor te recriminó y el sacerdote te dio un sermón sobre el asesinato y el suicidio. Tú lo veías distinto, era una ayuda para ella. Querías verla morir con dignidad, sin dolor. No se hizo lo que querías.

Después de una semana tu madre fallece en el hospital. No has dormido, Grace. La cocaína te mantiene despierta. Tienes sexo con un enfermero en el cuarto donde guardan los medicamentos, ves el diazepam y le pides un poco a cambio. Te da para que puedas dormir los días que vienen. Todos van al funeral, bebes alcohol sin parar. Tomada y sin poner atención recibes a quienes te dan el pésame. Tu esposo está inquieto y molesto. Tu padre te compadece. Tu hija comienza a notar que algo falla en ti. Tu hijo te pregunta si te sientes bien. El baño de la funeraria es tu refugio, ahí lloras y te metes alguna droga. Te duele perder a tu madre, tu historia juntas, lo que te hizo falta. Jamás perdiste la esperanza de compartir cosas con ella. Sentada en el retrete recuerdas las veces que te ha llevado tu esposo a centros de rehabilitación y la cantidad de medicamentos que tomas. No piensas que te ayude porque no reconoces tu problema, tu inteligencia hace que te compares con tu madre, pero luego te alejas de esa idea y repites en voz alta: «no soy como mi madre, no soy como mi madre», tal como ella antes pedía: «no quiero niña, no quiero niña».

Te integras a todos, estás drogada. La gente piensa que tu aspecto y comportamiento es por tu desasosiego de la pérdida de tu madre. Te justifican. Van a la misa. Acudes ida, seca. Joaquín está a tu lado, derecho, callado. Tu padre está de tu lado izquierdo y te toma de la mano. Lo consuelas porque se siente desecho. No escuchas nada de lo que dice el sacerdote. Tu cabeza es una madeja de recuerdos, vas de-

jando hilo por todas partes, la mayoría se enreda detrás de tus pasos.

Creman su cuerpo y sus cenizas quedan en el sillón del que casi nunca se movió. «No las esparciré en casa», te comenta tu papá, «no quiero que sea polvo suelto que aspiremos por la nariz. Mejor dejemos una bella urna en la mesa de la sala y ya veremos qué hacemos con ella».

Fueron días complicados para ti, Grace. Llegas a tu casa y te descalzas, tus hijos duermen. En la madrugada entras a la cocina y le tomas unos tragos a la botella de vodka. Te diriges a tu habitación, abres la cortina. Está a punto de amanecer, te recuestas en el sillón verde y abrazas un cojín. Joaquín se levanta para bañarse e irse a trabajar. Te quedas dormida en el sillón, él solo te da un beso discreto en tu frente, apenas lo sientes. En el exterior te acompaña el calor del sol que aparece y sus rayos iluminan tu cuerpo. Despiertas cerca de medio día, te dejan hacerlo. Sueñas que tu madre acaricia tu cabello mientras duermes en su regazo.

*La sensación de haber participado en un peligro común es uno de los poderosos elementos que nos unen. Pero eso nunca nos hubiera mantenido unidos tal y como estamos.*

Tercera edición del libro *El grande*.

## Capítulo trece

---

---

**D**espués de una semana de la muerte de tu madre vas con tus hijos a casa de tu padre. Él se encuentra sentado en el sillón de la sala, justo donde tu mamá se acomodaba. Sientes escalofríos de mirarlo ahí con la vista perdida en la duela. Tu hija le da un beso y tu hijo pasa de largo. Los dos corren a tu recámara, les gusta observarla, jugar con tus cosas, tu hija siempre toma el oso de felpa desgastado y lo abraza. Un día que no estaban tus padres les contaste una historia inventada sobre el color de tu habitación y cada uno de los objetos que ahí habitaban. Se quedaron hasta el anochecer, escucharon los insectos y se acostaron debajo de los árboles en la tierra. Luego llegaron tus papás y rompieron con la magia de la imaginación.

«Nada dura eternamente», comentas a tu padre. Él te mira con los ojos a punto de desbordarse y te pregunta «¿qué les ha dejado tu madre?» A primera instancia no sa-

bes qué contestarle. Te cuestionas: «¿qué nos ha dejado vivir con mi madre?». Buscas tanto lo malo como lo bueno.

Comprender a tu madre te llevará a entender y no creer que todo lo que hacía era para afectarlos. Te quedas en silenciosa quietud, Grace. Los dos se acompañan tocando sus hombros que quedan a la misma altura. Ahora le preocupas tú. Él buscará a quién atender, a quién echarle la culpa; saber quién es la mala o el malo. Te jalará un poco a ti y hará que respondas con distancia. Sabes que tus padres eran una pareja con un abismo entre ellos, ¿cómo podrías actuar ante eso?, Grace. A ti te hicieron a un lado, a veces te jaloneaban en el hoyo disputándose lo que era correcto para ti según sus argumentos. Tú solo escuchabas, tú solo seguías.

Después de regresar de tus pensamientos, te recargas en su pecho y lo abrazas. Él se deja, es muy emocional. Cuando eras niña él trató de objetarse ante la situación de abandono de tu madre, alegaba que no estaba de acuerdo de su alejamiento. Ahí te contó que el problema de tu madre no tenía solución y ustedes no lo podían controlar; a menos que ella decidiera controlarlo. Dijo que era importante que su alrededor no estuviera viciado para que no se fuera a los extremos, era trabajo de ambos. Ya estabas en edad de reflexionarlo; él lo hacía sobre todo para que no fueras a caer en lo mismo que tu madre. Pero tú ya estabas en la superficie a punto de dar el primer chapuzón porque te satisfacía los sentidos, tus emociones se equilibraban y la sensación de soledad se esparcía hasta desaparecer.

Se abandonaron en su abrazo. A él le hacías falta y a ti te faltaba un gesto de amor. Es fácil que él se tire al suelo encharcado de victimización. Tú ya lo has acompañado en ese andar, le has dado la mano. Sin hablar se quedan en ese mismo sitio que tu madre reclamaba como suyo. El silencio los une esa tarde, Grace. Enciendes un cigarro y tu papá

te volteas a ver, lo callas con tu determinación. Disfrutas tu cigarro hasta terminarlo. Le preguntas si desea algo de beber, pide agua natural. Caminas hasta la cocina; la estancia, la sala, el comedor y la cocina están desnudas entre sí. Sirves una copa para ti y te miran sin la fuerza de reclamo. Vas hasta donde él, tratas de ser empática con su dolor, reservas el tuyo para la soledad de la noche. Tu papá te plasma en imágenes sus emociones, se queja del camino irregular por el que transitan. Sin decirlo ni demostrarlo sabes en el fondo que esa vida continúa para ti. Seguirá corriendo por tus venas, carcomiéndote, Grace. Escuchas que tus hijos corren por toda la casa, gritan contentos, eso jamás existió en esa casa porque la contención los opacaba, el silencio era primordial. Tu papá sonrío al verlos y te dice que les has dado cariño y atención. Sabes que sí, pero que es muy alejado a lo que realmente quisieras entregar. Son niños que tienen una madre a ratos, que luego desaparece y se pierde. Tu padre sufre y se altera al no comprender el problema, también es un papá a ratos. Tus hijos no tienen familiares cercanos que les den seguridad, están solos con sus posibilidades y en eso se emparejan contigo. Son niños alegres con carencias en caída libre. Sales del letargo de pensar en tus hijos. Le dices a tu padre que estará bien, él asiente cabizbajo. «Me será complicado no cuidar de nadie, siempre fui quien resolvía y contenía. ¿Ahora qué?», te externa.

Tu hija e hijo te dicen que quieren comer algo. Regresas a la cocina y te encuentras dos paquetes de galletas Marías, uno abierto y uno cerrado. Mejor abres el cerrado porque no sabes si el abierto contiene galletas con sabor añejo a prisas y regaños, prefieres tirarlo. Les sirves un vaso con leche y das galletas a cada uno. Les pides que se sienten en la barra para comer con calma y no ensuciar la casa del abuelo. Tu papá sonrío al verlos comer y escucharlos pla-

ticar, sus risas resuenan por todos los muros. Terminan y corren de nuevo, van por ti y su abuelo para llevarlos afuera. Ya anochece. Tu hijo ve el triciclo ya oxidado, se sube a él y pedalea. Lo ves y las lágrimas encuentran salida pronto. Tu hija te abraza y pregunta si te encuentras bien, dices que sí. Te recuerda lo feliz que fuiste en él, a las disputas de tus papás, el día que maduraste y decidiste dejarlo. Los llevas a caminar por una vereda donde los árboles son tupidos, ahí se sentaron en la tierra húmeda, tu padre les sigue en cada paso. Les pides que cierren los ojos y escuchen la siguiente pieza musical, entonces los insectos se hacen presentes. El sonido entra por sus oídos y viaja por su cabeza, corazón y venas. Sin verse los cuatro sonrían, la noche estrellada es testigo, la luna menguante los imita. Te vas, Grace, para no regresar en mucho tiempo. Tu padre no te buscará.

## Capítulo catorce

---

*La vida es sueño; el despertar es lo que nos mata.*

Virginia Woolf

---

**A**bres los ojos después de una noche que latió lento, en una oscuridad apacible y acompañada. Tu esposo fue quien te hizo el amor. Ves el reloj, es temprano. Volteas al lado derecho de la cama, Joaquín se ha ido. Antes de partir al aeropuerto, a las cinco de la mañana, rozó sus labios en los tuyos, pero los tenías anestesiados con diazepam. Te paras al baño, orinas, echas agua a tu cara, lavas tus dientes y te miras en el espejo. Hay marcas bajo tus ojos, lamentas desvelarte tanto. «No he cumplido cuarenta», te recuerdas en voz alta. Las fiestas, los excesos y el cambio continuo de amantes te envejecen. Sales decidida a ponerte unas rebanadas de pepino en los párpados. Deseas desinflamarlos y disimular las líneas. Antes de ir a la cocina corres las cortinas de tu habitación, tus pupilas se dilatan al notar que el

cielo es naranja. El sol se asoma y el jardín guarda la humedad de la noche. Abres la ventana, respiras profundo, cierras los ojos, la piel se te eriza. Deseas el abrazo de un hombre, de quien sea. Los movimientos de tu cuerpo son lentos, te encuentras un poco hipnotizada, cansada aún bajo efectos del somnífero. Vas al vestidor y tomas la bata de seda, una muy similar a la que usaba tu mamá. Caminas deprisa y deseas que esa tela suave y ligera emprenda el vuelo. Te trae recuerdos, buenos, malos, pésimos, suspiras.

La bata te la regaló Joaquín. Cuando abriste la caja de regalo y la viste, te sobrevino un llanto tenue y constante. La recorriste con tus dedos acariciándola. Él pensó que las lágrimas eran por la alegría que te daba recibirla. Por tu mente pasó en segundos tu niñez y adolescencia completa. El pensamiento se perdió en la enfermedad de tu mamá: la cirrosis terminal y el sufrimiento. Tu marido interrumpió las cavilaciones dándote un abrazo y deseándote un feliz cumpleaños. Recibiste el gesto sin corresponderle, dejaste tus brazos como troncos, a los lados.

En la cocina cortas un pepino y lo pones en un plato. Dejas el cuchillo y la tabla en la mesa. Recorres tu casa lento, procuras no recordar tu pasado. Llegas a la sala, te recuestas en el sillón verde de tres plazas. Colocas en tus párpados las rebanadas y te quedas ahí expuesta, ciega. Jamás has dejado la mente en blanco, piensas y piensas como un torbellino, te dejas llevar. Entonces la imagen de tu madre invade tu interior reprochándote como en muchas ocasiones. La visualizas alcoholizada, sentada en el sillón, de espaldas a ti con el cabello despeinado, tieso por no lavar lo. Aguantas tres minutos en supuesta calma y te levantas de pronto, el pepino rueda por el tapete, lo dejas caer. Regresas a la cocina, no aguantas más. Das unos tragos a la botella de vino tinto.

Vas al cuarto de tus hijos para despertarlos, luego a la cocina y revisas que todo esté dispuesto para el desayuno. Regresas con tus hijos que siguen dormidos. Les gritas: «¡ya es hora!, ¡levántense!». Escuchas que el par se queja, no quieren ir. Insistes enojada. Desayunas con ellos, los despides mientras tomas una taza de café que acoges en tu mano. Se suben al carro con el chofer. Tu hija baja el vidrio y te dice que no olvides la fiesta de la tarde. Le dices que no lo harás.

Entras a la casa acariciando tus brazos, tratando de calentarlos. Antes de cerrar la puerta le pides al jardinero que baje los cocos de la palmera. Pasan las horas rutinarias, Grace, ves el reloj. Salen tus hijos del colegio y el chofer los trae de regreso. Es hora de ir a la fiesta del compañero de tu hija. Antes vas al bar, titubeas, ¿qué llevarás contigo?

Apuras a los niños para que suban al carro. El mejor amigo de tu hija la invitó. Es una fiesta importante para ella porque ahí estará el niño que le gusta. Ellos se creen grandes a pesar de que cursan quinto de primaria. Seguramente no habrá ni payasos ni magos, eso te da un gran alivio. Tu hijo menor podrá jugar con el balón en el jardín y tendrán brincolín para que se divierta. Eso te dará libertad para despreocuparte de ellos un rato. No sabes dónde te sentarás porque no deseas platicar con las otras mamás. Ellas son muy cerradas o conservadoras, jamás te han aceptado. Te tranquiliza pensar en tu bolsa, en la botella de vodka que va dentro, ella será tu compañía.

Llegan, saludan al festejado y a sus padres. Tus hijos corren hacia sus amigos. Tú volteas hacia las mesas redondas, donde se han sentado las otras madres. Algunas de ellas te miran y cuchichean, a otras les eres indiferente. Caminas por la terraza, encuentras un lugar. Tomas asiento, todas te observan. Sonríes sin decir nada, tampoco ellas saludan. Te

sirven agua de jamaica, volteas los ojos para arriba y suspiras. Las demás toman lo mismo. Recuerdas que en la fiesta pasada a la que asistieron la pasaste bien porque había cerveza. Comes un poco de botana, das sorbitos al agua para bajar el nivel del vaso y rellenarlo con el alcohol de la botella. Tapas con el mantel tan honorable hazaña. Bajas la bolsa al suelo, con una mano abres el vodka, te agachas con el vaso de agua de jamaica y lo rellenas. Notas cómo te mira tu vecina de asiento, tal vez extrañada por los movimientos raros que realizas. Pero por la risa callada y maliciosa que hace intuyes que una de ellas vio tu proeza. Una vez que te incorporas y te sientas derecha en la silla das un trago. El alma te vuelve al cuerpo. Pides tantos vasos de agua fresca a medias que el mesero también se da cuenta de lo que haces. Mejor te hubieran traído una jarra para que tú te sirvieras lo que necesitaras. Como arte de magia, Grace, tu vaso a medias está lleno luego de que te inclinas bajo la mesa. Tanto líquido te da urgencia para ir al baño a orinar. Llevas tu bolsa. Te lavas las manos, ves que estás sola y te empinas la botella. La abundancia del alcohol que ingieres se te sale de la boca, baña tu cuello y el pronunciado escote de tu vestido. Has bebido en exceso y lo sabes. En la botella queda menos de un dedo, la empinas hasta el fondo. No queda nada, la tiras en el bote de basura y sales tambaleándote. Te sientes libre. Para sentarte debes pasar entre muchas mesas, eres un peatón cruzando una avenida llena de carros y sin semáforo. Chocas en los pasillos, la mayoría de los padres se da cuenta de tu estado. Un hombre te acompaña hasta tu lugar. Le tomas del brazo acariciándolo y le comentas algo al oído, solo te salen palabras sin sentido. Te deja en tu silla, le pides que se quede a tu lado. Él se va. Recargas tus brazos cruzándolos sobre la mesa de mantel blanco. Recuestas tu cabeza y tus cabellos invaden un plato de botana. Te empie-

zas a marear mucho. Algunas señoras se cambian de mesa. Te tambaleas, llevas a un lado tu boca y vomitas en el suelo. Los invitados se escandalizan, tú les reclamas su falta de comprensión. Tratas de pararte, no lo logras. Los compañeros de tu hija rien al ver lo imposible que se ha vuelto para ti sostenerte por ti misma. El hombre corpulento va de nuevo por ti. Llama a tus hijos y conduce hasta tu casa. Su esposa y sus hijos llevan tu carro. Todos se quedan comentando sobre tus imprudencias, ¿cómo se te ocurre hacer eso en una fiesta de niños?

Al llegar a casa tus hijos agradecen la ayuda. Los has abandonado, Grace. Ellos te llevan a la cama, te quitan los zapatos para taparte y se van asustados a sus cuartos.

Sabes que más tarde Joaquín te reprochará tu hazaña. Él lo sabe todo, tu hija se encargó de marcar y contarle. Necesitaba un adulto que la contuviera y la comprendiera.

Al día siguiente tu hija llega a casa rasguñada. Te defendió, Grace porque más de alguno le dijo que su mamá era una «zorra borracha». Ella sufre acoso por tus descuidos, tú sufres por tu familia, por lo que les haces pasar. ¿Les estás causando tanto daño como tus padres te lo causaron a ti? No tienes control sobre ti misma, Grace. Eso daña a quienes quieres y a ti misma.

Tu cruda moral es honda, agrieta tu interior, la cruda física te molesta; ambas hacen que cuando estés sobria te arrepientas de lo que hiciste. Prometes no volverlo a hacer.

## Capítulo quince

---

---

**T**e encuentras en la recámara, Grace, es de noche. Las cortinas están abiertas, ves el jardín gracias al alumbrado exterior, los aspersores riegan el pasto y uno de ellos moja tu ventana. En la habitación solo la lamparilla de lectura alumbra. Tú reposas en un sillón leyendo y bebiendo una copa de vino. Suena la alarma del carro de tu esposo. Él entra al cuarto y enciende la luz, encandilándote. Te da un beso en los labios como es costumbre; corto, semiseco, que apenas te toca. Se desviste para ponerse el pijama y te

menciona que el viernes asistirán a una cena en casa de las Aceves. Comentas cuánto te desagrada ir donde ellos. Recuerdas sin decirlo que la última vez que saliste de esa casa fue cayéndote por tanto alcohol que tomaste. Dentro de tu aturdida cabeza escuchabas voces sin sentido, veías caras chuecas y burlonas, miradas recriminantes; te señalaban, te decían alcohólica. En aquella ocasión Joaquín evitó dirigirte la palabra por un tiempo. Esta vez no deseas un pleito con él, así que le dices que sí y le preguntas a qué hora es la cita para estar lista.

Llega el viernes, te pones un vestido vintage de color verde. Es largo, escotado y muy ceñido al cuerpo, las mangas bajan un poco enseñando tus hombros; era decoroso, pero atrevido. Al verte, Joaquín te toma por la cintura y te besa largamente. No le importa que el carmín de tus labios pinte los suyos ni que tus hijos o la servidumbre los puedan ver. Sus manos bajan un poco y te aprieta hacia él preguntándote si solo eres suya; le contestaste que sí, aunque sabes que no.

Se dirigen a casa de sus amigos. Llegando, les reciben en la entrada el abrigo y tu bolso. Pasan al jardín y sientes una euforia por saberte cerca de un ambiente festivo donde abunda el alcohol, las miradas furtivas de los hombres y tal vez con suerte alguna droga. Acompañas a tu marido a saludar a los anfitriones, un matrimonio marchito que no inspiraban más que melancolía. Hay música en vivo, romántica, tu esposo te lleva a bailar unos minutos. Pides la primera copa a un mesero que pasa. Joaquín te mira con algo de preocupación y se queda callado. Tú para calmarlo lo besas en medio de la pista, piensas: «con eso tendrá». Termina la pieza y ven a lo lejos a un grupo de amigos quienes levantan la mano llamándolo. Tú sabes que la plática que le interesa es de negocios y política; de manera educada te ve a los ojos y te dice que irá, tú asientes y lo alientas.

Te deja sola y se dirige hacia ellos. Vas por otra copa y pides al mesero que te prepare una más fuerte. Tarareas una canción cuando se acerca un desconocido, el sobrino de los dueños de la casa. Te murmura al oído que se llama Ernesto, que tu vestido es hermoso, pero no más que tú. Volteas la cabeza para verlo a los ojos, sonríes coqueta, observas su dentadura blanca y perfecta. Platican de varios temas sin profundizar. Él de vez en cuando roza tu brazo con dos o tres dedos. Tú, Grace, sientes tu piel alerta, él vuelve a sonreír y baja sus dedos hasta tu mano. Lo hace varias veces y en una última te jala hacia la casa. Toma una botella de lo que tú bebes, dejas que te guíe, sabes a dónde van, deseas tanto vivir un encuentro privado con este hombre. Dentro, en la sala, se besan. Te excitas rápidamente y quieres más. Se encuentran a la vista de todos, no es un lugar seguro, le pides un trago, te pasa la botella. Le ruegas que te lleve a una habitación, le susurras al oído que deseas sentirlo en ti. Una vez solos te desnuda rápidamente. Tú te dejas llevar por él y el alcohol. Cuando se encuentran exhaustos te viste, besa tus cabellos revueltos, y sale del cuarto dejándote sola. Eres incapaz de sostenerte o mantenerte en pie. Tratas de abrir los ojos. Entonces aprecias que la habitación y la cama son grandes, que hay un muro con un espejo de piso a techo y a lo ancho abarca la pared completa. Huele a madera y lavanda. Hace frío. Te sientas para mirarte con detenimiento. La cabeza te da vueltas, te aferras a la orilla de la cama, observas decepcionada el reflejo de una mujer desaliñada, con la pintura corrida, despeinada y sobre todo con mucha amargura y vergüenza. Caes de nuevo en la cama, te acaricias los brazos y piernas con las manos, lloras lentamente.

Una amiga de la universidad se percató cuando el hombre te llevaba dentro, no te siguió, dejó pasar un rato. Cuando lo miró salir, te buscó. Ahora te encuentra así, Gra-

ce, trató de platicar contigo, pero dices palabras a medias. Ella te ofrece cocaína. Primero dices que no, pero se ríe y te ayuda a sentarte para que puedas inhalar. Sales de la casa abrazada a ella, eufórica pides que cambien de música para bailar de verdad, la mayoría voltea a verte. Ernesto sonríe al escucharte y mirar la escena. A tu esposo se le cae la cara de pena, piensa que otra vez haces el ridículo. Él se da cuenta de que traes el vestido mal puesto y teme lo peor. Los Macías comentan entre ellos que es mejor que te vayas. Tus oídos escuchan muchos murmullos. Joaquín se dirige hacia ti, en ese momento vomitas en el jardín, a sus pies. Te dice que se van a casa, tú le respondes que la fiesta apenas comienza. Deseas quedarte, le pides que se vaya con sus amigos o con quien sea. Tu marido te toma de un brazo por la fuerza, lastimándote, te dice al oído muchos insultos. Al mismo tiempo notas que él voltea a ver al señor Aceves pidiendo disculpas con los ojos; el hombre los cierra comprendiendo. La señora Aceves se voltea para no mirarte.

En el carro, tu marido no deja de recriminarte con un tono subido. Tú ahora no quieres entender, así que le subes al radio y cantas sin parar.

Ya en casa no puedes dormir, te paras varias veces en la noche a vomitar y sientes que la cabeza te revienta. En la cama notas la ausencia de tu esposo, no está su almohada. Tu primer impulso es ir a buscarlo, pero no sabrías qué decirle. Recuerdas al hombre que estuvo en tu cuerpo, a la cantidad de alcohol que tomaste y las líneas de cocaína, así que decides callar.

Joaquín deja de hablarte por varios días, tampoco te pregunta nada. Crees que le falta valor para saber quién y cómo es su mujer; o ya lo sabe y no quiere aceptarlo.

Te recriminas un tiempo, deseas una copa, así que fumas para calmarte. Después, no soportas la necesidad y

tomas algunos digestivos. «Algo ligero», te dices. Lo haces a escondidas, respiras hondo en cada trago.

Después de varios días tu esposo comienza a hablarte, a dormir a tu lado, a abrazarte en la cama. Eso te tranquiliza. En las madrugadas vas a la cocina y te tomas algunas copas de vino mientras Joaquín duerme, te metes en la cama con mucha paz.

Una noche que te sientes deprimida, Joaquín tiene una cena y llamas a la amiga de la fiesta de los Aceves. La invitas a salir a destramparse un poco. Te arreglas pronto en cuanto sale de casa. La historia se repite, pero no piensas en ello, solo quieres unas copas y lo que sabes que seguirá: el bar, el alcohol, el muchacho musculoso, la cocaína, el motel, el monedero perdido y tú que no tienes idea de dónde te encuentras, Grace. Estás molesta contigo misma, apenada y después de lo que sucede en la cafetería, donde tu memoria te falla y no recuerdas el número de teléfono de Joaquín. Tocas fondo. Buscando cómo llegar a casa es que te encuentras con Esmeralda y su esposo taxista. Ellos te hacen ver de una manera empática y tierna que necesitas ayuda. El corazón de los tres se devela para unirlos por siempre. Tienes un problema, Grace, que te hace caer bajo, pero por primera vez te das cuenta de que no estás sola.

## Capítulo dieciséis

---

---

**E**n la penumbra bajo la luz cálida de una lámpara de mesa, miras con dificultad que Joaquín hace el nudo a su corbata. Se admira en el alto espejo colgado frente a la cama. Sabes que no desea perturbar tu sueño ni encandilarte encendiendo los focos del techo. A pesar de todos tus descuidos, él es considerado contigo, Grace. Escuchas su voz fuerte y serena que te informa que su hermano vendrá a cenar a casa. Te quedas muda solo porque no deseas contestar. Tallas tus ojos con las manos para despertar bien. Él acomoda con los dedos su abundante cabellera, da los últimos toques a su vestimenta. Jala un poco hacia arriba el cuello de su camisa después de ponerse el saco. Tú estiras tus piernas y brazos abarcando casi todo el colchón mientras haces un quejido placentero. Te sientas en la cama abrazando tus rodillas dobladas, recargas tu cabeza en ellas, cierras los ojos, sueñas despierta deseando que él fuera el

único hombre de tu vida, pero sabes que te es imposible serle fiel, vives en el mundo donde los impulsos y el sexo son uno. Observándolo piensas que es atractivo, también notas que envejece con rapidez. Recuerdas que te lleva ocho años, aunque las ojeras y bolsas en tus ojos hacen que te veas mayor, Grace. Se acerca a ti, repite que su hermano vendrá, le comentas que sí lo habías escuchado. «Cocinaré la pasta y ensalada que tanto le gusta», dices quedamente. Te da las gracias y va a darte un beso, mueves la cara a un lado diciendo que no te has lavado la boca. En realidad, Grace, no quieres que te bese porque le diste un trago al whisky que guardas en el buró en una botella de loción. Él se va algo resentido, pero no te importa demasiado porque por la noche lo contentarás en la cama.

Bajas tus pies descalzos al tapete de pelo largo, lo acaricias con tus dedos. Calzas las pantuflas, tomas agua. Abres el frasco de diazepam y pones dos pastillas en tu lengua y las pasas con tres tragos grandes de whisky. Te levantas, sientes una roca sobre tus hombros, los mueves sin que la sensación de peso disminuya. Caminas hacia el baño y ves tu reflejo en el espejo. Tu pijama blanca y traslúcida te deja al descubierto, semidesnuda. Anoche no permitiste que Joaquín te tocara, lo amas, pero haces todo para perderlo. Observas tu cabello, lo ves alborotado, «al menos no está tieso como el de mi madre», piensas. El tuyo está limpio y suave. Sientes un escalofrío, te preguntas si te pareces a ella. Te contestas que no, aunque tus días corren veloces al parejo. Sigues el camino, llevando auestas la carga de una enfermedad imposible de soltar sola. Quienes están a tu alrededor conocen tu problema, lo intuyen, lo viven. Tu ceguera imposibilita que la aceptes en su totalidad. Incluso escondes tus acciones debido a los reclamos constantes de tu familia. Caminas lento hacia el vestidor. Admiras tus ves-

tidos, tu ropa en general, es placentero ver que esté junto a la de tu esposo. Rozas sus sacos con tus dedos, «¡tienes a alguien especial a tu lado, pero lo olvidas en otros brazos!», la idea gira en tu cabeza en espiral. Llegas al excusado y orinas con urgencia. Lavas tu cara. Te pones una bata pesada como tus recuerdos, esos que oprimen tus hombros y los proyectan hasta el centro de la tierra, estancándote. Esta bata es de lana gruesa, tiesa, no es aquella de seda que se mueve contigo. La de hoy por más que te muevas se queda estática, sin fluir. Estática como tu madre que pasaba horas en el sillón tomando cualquier tipo de alcohol. Si tienes una diferencia con tu madre, tú escondes tus bebidas porque no quieres que las vean tus hijos. Ella, en cambio, no lo hacía, tú veías todo lo que ingería. Aunque lo disimules, los efectos son los mismos. Es evidente, Grace, causas daño a los que te rodean y a ti. Ya no controlas la cantidad de alcohol que tomas, la ansiedad ni los impulsos. Recuerdas a tu madre en el sillón dándote la espalda, con el cigarro entre los dedos y con la copa llena de vino en una mano levantada. Cuando llegaba tu papá de trabajar, la cargaba a su recámara para que durmiera un rato. Así era tu vida en casa de tus padres. Esa serie fotográfica se te instaló en los huesos.

Caminas con los brazos entrelazados en tu espalda, delatas tu inseguridad, Grace. Abres la cortina y te asomas por el ventanal. Miras el jardín, las plantas aligeran un poco tu mente. El pasto cubierto con una capa de hielo, se ve blanco y los árboles a lo lejos revelan pocas hojas. El naranja del sol pinta el descolorido cielo de invierno. Te sientas de lado en el sillón, recargando tu cabeza. Suspiras y te pierdes en esa postal, quieres que te acompañe durante el día. Hace frío. Alcanzas con tu mano derecha una pequeña cobija tejida por una señora mayor, argentina. La conociste en un viaje que hiciste con tu familia a la Patagonia. En

ese momento deseaste que ella fuera tu madre. Platicaron por un largo rato, y sus palabras eran cariñosas. Querías quedarte en su compañía por más tiempo, pero tus hijos y esposo te levantaron de la silla para sacarte de la pequeña tienda después de casi una hora. Te tapas con esa cobija de colores y sientes consuelo. Escuchas la dulce voz de la mujer, aunque la lejanía de su origen te acerque a la nostalgia. Esa única hora junto a la menuda mujer te hizo huir de ti y de tus demonios.

Después de unos minutos te levantas del sillón, abres el segundo cajón del buró, te equivocas. Miras al interior y está revuelto como tus ideas, hay papeles, recibos, fotografías, flores secas que ya regaron sus pétalos por todos lados. Piensas que tu mente se encuentra así: dispersa por doquier, borrascosa. Cierras deprisa moviendo la cabeza de un lado a otro. Diriges la mano al cajón correcto y sacas la botella, bebes hasta terminarla.

Sales de la habitación dando pasos sin certeza. Estiras los brazos y tus manos te estabilizan cada que chocan contra las paredes del pasillo. Sale tu hija de su cuarto, está lista para irse a la preparatoria. Le grita a su hermano que se apure y toca la puerta de su recámara al pasar por ahí. Ella te abraza por la espalda. Caminan juntas mientras te cuenta un sueño que tuvo. Tú te ríes de más y hablas sin sentido. Ella sospecha, pero sigue contigo, se pega más a ti y te da un beso en el cachete. Te huele a alcohol. Te mira directo a los ojos y la manera como lo hace te lastima más que mil palabras ofensivas. Retira su brazo de tus hombros, se aparta a un lado y se va sin voltear atrás. Te deja fuera del pasillo tambaleante; tu corazón se queda a la deriva. Regresas a tu recámara como puedes, a tu paso te llevas una botella de vino tinto. Te sientas en el sillón volteando al jardín, sin verlo. Tu hijo menor se asoma a tu cuarto y te dice adiós

apurado porque su hermana ya lo espera afuera. Volteas, levantas la mano para enviarle un beso que no le llega porque su imagen se ha esfumado antes de que hicieras el gesto.

Pasas la mañana encerrada. Lo único que haces es indicarle a la cocinera lo que ha de preparar para la comida y las compras que debe hacer para la cena que prepararás para la noche.

Antes del mediodía toca a la puerta la camarista. Te comenta que ha llamado tu esposo para avisar que no comerá en casa, tus hijos irán con sus amigos. Tienes el celular dentro de tu bolsa, está sin batería. Seguro los tres te buscaron con insistencia. Lamentas la soledad en que quedas cuando sabes que nadie llegará, sientes el abandono tan conocido en tu vida. El invierno te ha envuelto en el frío constantemente, dejándote sin flores ni hojas, solo seca. Para ti el alcohol, los tranquilizantes, las drogas y el sexo te rescatan de esos sentimientos que se te salen de control; de esos recuerdos que te embargan. Caes en la cama borracha, agotada por todas tus equivocaciones, las que no aceptas y las que desconoces. Duermes durante unas horas.

Te despiertas sobresaltada a las seis de la tarde. Al ver la hora te levantas deprisa, no quieres que te vean así. Sacas una caja dorada donde guardas un frasco con cocaína y un inhalador metálico grabado con tu nombre en letras cursivas. Ese fue un regalo especial que te dio un hombre con el que te acostaste más de una noche. Él también te dio una infección vaginal terrible y dejó unos moretones en tus brazos. Formas dos líneas gruesas en el mármol del lavamanos, lo inhalas bruscamente. El polvo entra al fondo de ti hasta penetrar en tu cerebro. Pronto sientes toda la energía. Acelerada, te bañas y arreglas. Sales directo a la cocina, te gusta preparar las comidas de tu familia. Ves la mesa bien puesta, la dejó lista la cocinera. Ha puesto flores de nochebuena,

velas, copas y los platos para celebraciones. A las siete y media terminas de cocinar. Te quitas el mandil. El aroma de la pasta y del pan con ajo invade la casa. Tu corazón cabalga deprisa por la cocaína inhalada. Te sirves una copa de vino para apaciguarlo y vas a la sala tarareando una canción. No han llegado tus hijos, ni tu esposo. Revisas tu celular y ves un mensaje que dice llegarán a las ocho. Cuando estás a punto de sentarte escuchas el timbre de la puerta principal. Es tu cuñado. Le das la bienvenida. Se dan un beso en la mejilla y un abrazo apretado. No traes brasier bajo el vestido, sabes que lo nota porque baja sus ojos a tus pechos. Eso te excita. Le sirves una copa y lo llevas de la mano a la sala, él consiente. Se sienta, y tú te colocas cerca. Comienzan a platicar mientras llenas de nuevo las copas. Desabrochas un botón del vestido, sabes que tus pechos son visibles para él, Grace. Le dices que entraste en calor por el vino. Él te mira y pasa saliva. Te acercas más y le preguntas si le gusta tu perfume. Pones tu cuello pegado a su nariz mientras recargas las manos en sus piernas tocando su miembro, notas su erección. Es tu cuñado y sin importarte, lo estás seduciendo. Lo llevas al baño de visitas, él accede. Ahí tienen sexo con pasión y urgencia. Salen satisfechos. Apurado dice que se va porque no quiere ver a su hermano. Le insistes en que se quede, que nadie los vio. Te da un beso en la mejilla y parte. Ves desde la entrada al chofer recargado en el carro, lo más seguro es que él le comentará a tu esposo que su hermano solo estuvo en tu casa menos de media hora y salió apurado. ¿Qué podrías explicarle a tu familia, Grace? Vas a la cocina y tomas el vino desde la botella.

## Capítulo diecisiete

---

---

Una mañana abres tu buró para sacar la botella de licor camuflada, le quitas el tapón. El aroma que emana hace que tus lágrimas inunden la cama, se desborden en el piso y flotes a la deriva. Te carcome la necesidad de virar internamente. Tienes miedo. Recuerdas a tu mamá y al sentimiento que te provocaba su enfermedad, sus desplantes que te alejaron de ella y su padecimiento que la llevó a la muerte. Remas arriba de la cama con tus brazos en círculo. Se te entumen las extremidades por la tensión de la realidad. Gritas con fuerza. No has tomado una gota de alcohol o has inhalado una línea de cocaína en un tiempo. Sientes que las paredes de la habitación te oprimen. Te miras en el espejo, tienes los ojos enrojecidos y el cabello pintado de rubio fuera de lugar. Te recriminas porque abandonaste a tu mamá y porque, como ella, también llevaste tu vida alrededor de los excesos. Piensas que has hecho lo mismo que ella

te hizo a ti, lo mismo que ella le hizo a todos. A tu papá lo visitas muy poco, su soledad deseada te acomodó. Él notó desde hace tiempo que ibas por el mismo camino que tu madre. Además, tú le marcaste una raya intensa, profunda. También, con cada cosa que haces matas la relación con tu familia. Sigues alimentando ese mar interno que te lleva a mirarte por completo, entonces las olas crecen y sufres. Te acercas a tu esposo y a tus hijos, apenas los tocas para después irte. El agua desaparece, pero tu corazón palpita fuera de ritmo y sin descanso.

Te das pena. Avientas la botella al suelo y esta se rompe en mil pedazos, su contenido escurre. Enloqueces. Bajas de la cama, pisas con cuidado, pero un vidrio te corta el pie. Te arde intensamente. La sangre hace que sientas placer. Mereces sentir dolor, no mereces ser feliz. Te deprimas y queda de ti una víctima con cauce grande. Sales hacia la cava y tomas una botella de vino blanco. Regresas y cierras con seguro. No te das cuenta de que tu hija estaba ahí parada viendo todo. Te observó ir a tu cuarto sin bata, semidesnuda, dejando en el suelo a tu paso un hilo rojo de sangre. Asustada llamó a su papá.

En la habitación, vas a la ventana y corres las cortinas. El verde del jardín hace que recuerdes a tu padre cuando de pequeña abrías las cortinas de tu cuarto. Cuando eras joven él no supo qué hacer cuando llegabas alcoholizada. Así que hizo lo que sabía hacer con tu mamá. Usó la misma receta: procurarte. Y hoy te preguntas: «¿necesitaba mano dura para no caer en el mismo hoyo que mi madre?». Pero no es hora de recriminar, Grace, no eres víctima de nadie más que de ti misma. Las circunstancias te pusieron ahí y solo tú puedes llevarte a la salida. Tus padres tuvieron su propia vida y sufrieron en su momento. Ellos tomaron sus propias decisiones y eligieron que sus días fueran de un modo en

particular. Deseas salir de tu pasado, de tus responsabilidades actuales y de tu conciencia; lo haces con la bebida, el sexo y las drogas. Te fugas. Tu familia está cansada de ofrecerte ayuda, te han llevado con doctores, internados, psicólogos, psiquiatras, sin que aceptes tu problema; vuelves a lo mismo. Ellos sienten que no hay solución, ven que te adentras en un círculo sin fondo.

En un silencio de tu alma ves hacia dentro, Grace. Encuentras vacío, sabes que no das nada de provecho y sientes que los demás tampoco te aportan. Te encuentras en un punto donde te desdibujas poco a poco; los trazos verdes que te acompañaban de niña pierden vida. Tú necesitas relaciones enfermizas donde domines; quienes están a tu alrededor son débiles, sensibles y víctimas. El pasado es el pretexto ideal para que tus actos desbocados pierdan el freno entre tus dientes y quites las manos de tu alma. Tu mamá es la villana que hizo que te perdieras en un camino sinuoso, oscuro y lleno de sufrimiento disfrazado de alegrías. Es una cadena generacional de la que es difícil deshacerse. No puedes trozarla y sufres. Caminas un poco, te detienes frente al espejo. Llevas la botella hacia tu boca y bebes un gran sorbo, te observas en el proceso. Te reconoces y sientes viva. Arreglas tu cabello y admiras tus pechos; han sido tocados por múltiples manos y lo has disfrutado tanto. Esas caricias y amores fugaces llenan un vacío que no permites que nadie repare. Es hondo el hoyo de tu desasosiego. Tocas tus senos, los levantas. Empinas lo que queda de vino, secas los labios con el brazo. Un ruido brusco de la manija hace que voltees a la puerta. Alzas la voz diciendo: «no quiero que arreglen mi alcoba todavía, voy a dormir otro rato». Te contesta la voz de Joaquín: «abre pronto, Grace», y tus hijos preguntan al unísono «¿mamá, todo bien?». Te acomodas sonrojada el camisón, tus lágrimas comienzan a salir. No sabes si es-

tás bien. ¿Qué contestar? No quieres que entren. Volteas y observas, la sangre y los vidrios regados de la botella que rompiste. Todo huele a alcohol. Ellos saben tus secretos, Grace. Saben que tomas, por eso ya te han llevado (sin éxito) a varios centros de rehabilitación. Tu esposo sabe de las drogas, te ha visto y te ha escuchado confesarlo en la primera sesión de tu visita al psiquiatra. También sabe que lo has engañado con varios hombres (no sabe de todos). ¿Cómo no se van a dar cuenta? ¿Has visto las condiciones en las que llegas? Jamás has tenido la precaución de asearte después de tus aventuras; llegas tomada, drogada y oliendo a sexo. Joaquín, ante todo, te auxiliaba para llevarte a la cama, así como lo hacía tu papá. ¡Qué vergüenza de situación!

No deseas ser como tu mamá. Avanzas a la puerta, con llanto y tu voz que apenas es audible dices: «no abriré, iváyanse, por favor!». Joaquín responde firme y molesto «traeré las llaves, entonces». Él nunca te habla así, sus palabras normalmente son suaves. Lloras aún más. Te tiras en la cama y tiembles. Lo haces por vergüenza. En el camino que recorre tu pie cortado se queda la marca de sangre.

Antes qué alegría te daba cuando la puerta principal de tu casa se abría y qué tristeza sentías cuando se cerraba porque tus papás partían. Ahora abren la puerta de tu cuarto y no quieres que nadie entre. Quieres soledad para cubrir tus culpas empalmadas. Estás enferma, Grace, desde el vientre de tu madre. Tu esposo te mira ahí tirada en la cama, borracha, sangrando. Ve el desastre en el piso y le recorre una lágrima por la mejilla. Piensa lo peor. Tus hijos se acercan a ti. Tu hija te reprocha, olvida la empatía y la sustituye por desesperación. Tu hijo se acerca a ti y acaricia tu cabello. Primero quitas tu cabeza y tiembles apenada. Ella sigue con su cantaleta y el menor te abraza sin importar tu desnudez a medias. Esa situación es tan embarazosa para ti.

Los tres se sientan en la cama. Joaquín llama a una ambulancia del psiquiátrico.

Llegan por ti un grupo de paramédicos. Tu hija les dice: «yo iré con ella». Se suben a la ambulancia, ahí arriba ella te ve tan vulnerable que se quiebra. Acerca su mano a la tuya apretándola. Van a exceso de velocidad, al compás de la sirena. Escuchas entre sueños: «nunca estarás sola, mamá». Vas borracha, pero sabes que lo dijo sinceramente. Le dices que la amas y oyes un: «yo también te amo». El par de enfermeros te administran un suero y un medicamento tranquilizante. Tu marido les ha dicho que trataste de suicidarte. El recorrido de sangre en el pasillo y la habitación le pintaron la situación. Tu hija también había pensado lo mismo cuando te vio salir. Al revisarte en la ambulancia se dan cuenta de que solo es una herida en el pie, aunque muy profunda. Joaquín y tu hijo se estacionan aparte y entran a urgencias para saber dónde y cómo te encuentras.

En el área de urgencias los paramédicos informan que es una falsa alarma de suicidio. Ya te conocen ahí. La doctora en turno lee tu largo expediente y menciona: «¿Grace, me escuchas?». Estás medio dormida por los medicamentos, tu hijo trata de despertarte, pero le indican que te deje dormir. Te pasan a una habitación. Joaquín y tus hijos esperan preocupados en la pequeña sala de espera. Los ves con la mirada nublada porque tus párpados caen pesados como rocas. Tu esposo se acerca y te dice: «descansa, aquí estaremos los tres cuando despiertes». Eso te da tranquilidad, la sensación de abandono se esfuma y te ayuda a caer en un sueño profundo, lejano y confiado. Despiertas en la madrugada, los tres duermen. Miras todos los aparatos que se conectan a tu cuerpo: el suero, el monitoreo a tu corazón y una curación en tu pie. En ese momento la enfermera te toma la presión y temperatura. Te encuentras en

un área intermedia del hospital. Ahí te pueden visitar hasta evaluar tu situación y determinar si te internarán en el hospital psiquiátrico o si serás paciente ambulatoria. Observas con detenimiento a tu familia, no quieres esto para ellos. Ya van varias ocasiones en las que paras en hospitales y albergues de desintoxicación. Jamás has aceptado que todo lo que bebes, el sexo que tienes y las drogas que consumes son un problema. Hoy ya has tocado un fondo de fuego, te quemaste y las llagas alimentan el dolor constante. Tu mente se pierde en un abismo tan profundo que crees que no puede tener un final. Primero despierta tu esposo, te mira desde lejos. Por dentro se encuentra cansado de todo esto, de pasar siempre por lo mismo, de tantas ocasiones de dolor y de verte así. Pero te ama y está dispuesto a hacer lo necesario por sacarte adelante. El alcoholismo lo vivió muy de cerca en su familia y sabe que el moho se impregna en todos los que rodean al enfermo, como el agua que se absorbe en una tierra cuarteada, sedienta. Los unen las tragedias y los abandonos. Observas el cuarto iluminado por una pequeña lámpara. Te llama la atención la limitante ventana que se encuentra pegada al techo, cerrada por el frío; te asfixia. El sillón donde está sentado Joaquín tiene unos cojines verdes claros que analizas con detenimiento. Él se levanta para acercarse a ti, camina lento para no despertar a tus hijos. «¿Cómo estás?», te pregunta. Mueves la cabeza de un lado a otro sin hablar. Tus ojos se inundan sin derramarse. Tratas de decir mucho y no dices nada. Él te nota confundida. «Tranquila», te dice. Cierras los ojos y le envías un beso. Te ama a pesar de todo.

Duermes nuevamente. La carga de somníferos era grande. Tu esposo se sienta a lado de ti en una silla y recarga su cabeza en la misma almohada que tú.

Por la mañana todos despiertan al mismo tiempo, alertados. La enfermera quien cambiaba el turno enciende las luces a descaro. Te dice con voz fuerte y riendo que te revisará los signos vitales. Te quedas mirándola con los ojos rojos, consecuencia de una noche entre sueños y realidades. Todo bien, señora linda, te dice suavemente. Y luego se dirige a tu familia: «todos tranquilos, su mamá está de maravilla, ¿entienden?». Se alegran. En cambio, tú te quedas a medias, en un entorno gris, flotando en la neblina. Se asoma un rayo de sol por la diminuta ventana, llega hasta ti. Tus hijos se acercan. La mayor se pone de nuevo huraña, pero no te abandona. Joaquín te toma de la mano, comenta que aún falta la opinión del especialista, necesitamos que nos diga qué sigue. Les pides perdón a los tres. Todos se quedan en silencio. Anteriormente habías pedido perdón; también habías prometido que jamás sucedería de nuevo. Y ahí están todos acompañándote después de una crisis. Juras por tu amor a ellos que ahora sí vas a cambiar. Sus oídos ya desconfían de ti, pero más su corazón. Tu hija expresa que no te cree nada. Tu cuerpo se estrella desde lo alto, realmente deseas mejorar, ¿pero cómo hacer para cambiar? Estás muy sensible, enconchas el cuerpo para quedarte contigo misma. Deseas que se vayan, tus lágrimas salen inundando la pequeña habitación. Tu hijo menor se acerca a ti y señala que necesitan ver para creer. Tu esposo te susurra al oído: «Grace, nuestros hijos ya no son unos niños, desean respuestas, yo también deseo eso; deseo ver un cambio».

Para tus hijos tu problema es evidente desde hace tiempo. Ya no es ningún secreto para nadie. Antes era justificado tu comportamiento, ellos mismos se hacían de la vista gorda y cooperaban entre ellos para no sacar a la luz tus excesos. Ahora todos están cansados de ti, quieren que cambies, pero desconfían que lo hagas.

Quieres que tu mar de lágrimas te deje fuera de la realidad y te mantenga dentro de ti. Consideras que eso te puede salvar de sus exigencias y comentarios, pero no funciona así. «Te amamos, Grace, te apoyaremos y seremos firmes» dice Joaquín, «ya lo hemos platicado entre los tres». Estiras tu cuerpo, lo dejas recto para quedar receptiva. En tu mar de lágrimas, o de problemas, toda tu familia chapotea. Tu hijo menor es quien más se moja. A él le afecta más la situación, le absorbe. Te da miedo que siga tus pasos.

Quieres prometerles que ahora sí lo harás, pero tus labios se sellan. Tú también desconfías de ti misma. Eso te desespera y entristece.

Una enfermera te trae el desayuno, comes tranquila y sola. Tu familia aprovecha para ir a la cafetería a comer y a descansar un poco. Cuando ellos regresan entra la doctora que te atendió la última vez que pasaste por ahí, esa vez estuviste semanas en el hospital. Escuchas un amistoso: «¡hola, Grace!». Voltea a ver a tus hijos y les pide amablemente que esperen afuera. Joaquín se sienta en el sillón. Ves a la doctora a los ojos. Le platicas cómo te sientes ahora y confiesas todo lo que ha sucedido desde la última vez que se vieron. Te desesperas y deseas al aire que todo termine y se quede atrás. En tu desesperación también le juras a ella que cambiarás. Ella te cree asintiendo con la cabeza. Indica que pueden pasar tus hijos de nuevo. Delante de todos te comenta: «ve el cansancio en tu semblante, Grace, se nota que sufres. Esta vez también habrá un tratamiento a seguir, pero eso significa que no podrás consumir nada de estimulantes, ninguno de los tres a los que recurres». Es cauta, sabe qué puede decir delante de tus hijos. Sabes lo que tomar medicamentos significa. Ella te advierte: «la abstinencia será complicada, Grace. Deberás asistir a terapia conmigo y con un psicólogo. También asistirás a un gru-

po de Alcohólicos Anónimos». Sientes escalofríos en todo el cuerpo. ¡Es demasiado para ti! ¡No podrás! Te quedas callada. La doctora indica a toda la familia «todos irán a un grupo de Al-Anon, es para familiares de alcohólicos y adictos». Asienten asustados. A ti se te vuelca el estómago. Tapas tus ojos con las manos frías, los oprimes tan intenso que los dedos pierden presencia. La oscuridad te inunda por completo y ese rayo de sol que iluminaba el cuarto se tapa con tu temor a fracasar, con el miedo a no poder ni siquiera intentarlo.

En tus manos vuelve a circular la sangre caliente y los párpados se abren poco a poco. Miras a tu familia a tu alrededor y piensas que no quieres fallarles otra vez. Además, estás cansada y quieres una vida más en calma.

Te quedas dos meses en el hospital, comienzas con la desintoxicación. Tu esposo llega puntual a verte todos los días en tres distintos horarios: a las nueve de la mañana, a las dos de la tarde y a las siete de la noche. Procura llevarte flores. Intentan pasar el tiempo jugando ajedrez, cartas o Scrabble, pero te es imposible concentrarte. Tampoco puedes leer un libro o disfrutar una película. Tu atención es corta y la ansiedad amplia. Fumas, masticas chicles y mueves las piernas continuamente.

Joaquín te pregunta seguido «¿cómo estás?». Siempre contestas: «bien, pero está siendo muy difícil, no sé si lo lograré». Tus hijos van día con día a verte. Ellos llegan a las cuatro de la tarde. Te platican todo lo que hacen y son cariñosos contigo. La mayor te pone con frecuencia un poco de resistencia.

No es común que en el hospital dejen asistir tanta visita, pero dada tu situación y vida pasada, la doctora no desea que te sientas sola o abandonada para que sea favorable tu recuperación. Los tratamientos son a partir de las

necesidades personales. Hay días que no quieres ver a nadie porque a pesar de los medicamentos la ansiedad te gana y solo quieres que el llanto te gobierne. No lo reprimes y tu familia te ve así, desecha. Una mañana estás optimista, pero por la tarde te quieres morir.

A los quince días entras a las juntas de AA que dan en el hospital, los integrantes te acogen y tú no hablas nada, ni siquiera te presentas. Te das cuenta de que es muy usual la enfermedad. Te identificas con algunos testimonios. Siempre sales antes de que terminen, no quieres convivir con nadie.

Te cambian de habitación. Esta te gusta más. La ventana es grande y con vista que inicia con una fuente y al fondo se ve un jardín repleto de arbustos y flores de distintos colores. Suelas sentarte en un pequeño sillón vistiendo una bata verde tenue. Miras el paso continuo de las personas y del día.

## Capítulo dieciocho

---

---

Sales del psiquiátrico, Grace. Te recoge tu familia y te da felicidad ver que tu padre se les unió. Los ves sentados en la sala de espera. Tu papá no te visitó en los dos meses que estuviste internada. Su delgadez revela descuido o alguna enfermedad. Está demacrado y sus ojos se ven tristes, pero sonrío al verte. Caminaste hacia él primero. Lo abrazas y escuchas su ronca voz decir que lo perdones, que necesitabas mano dura y no te la dio. Lo aprietas más, no creíste jamás oír eso de sus labios. Tu papá es tierno y cariñoso, también es débil. Le fue imposible capturarte entre sus manos porque fuiste agua que corre. Se despegan. Vas a abrazar a Joaquín y a tus hijos. «Iré un día a la vez», les comentas. En ese instante ves que ahora sí te creen. Tu vida se ilumina y toma forma por primera vez. Era raro sentir un halo de esperanza.

En el carro van un rato en silencio, tu hija lo rompe para contar que le ha ido muy bien en sus exámenes en la universidad. Eso hace que recuerdes que es su último semestre. Platican sobre la graduación que será en cuatro meses. Te da terror, ¿qué pasa si recaes? No externas tus miedos. Tu hijo menor se da cuenta y acerca su cabeza a tu hombro. Él comenta que se graduará de la preparatoria casi al mismo tiempo que su hermana, pero él no desea tener una fiesta. Le dices que no se preocupe, que puede ir con sus amigos a festejar, después verán si es oportuno que tú asistas a esos eventos. Joaquín toma tu mano. Entran a tu casa, el jardinero, la cocinera y una joven te dan la bienvenida. Todos saben de tu problema, de tu enfermedad. Joaquín se los informó, pero ellos ya sabían; te veían tomar en tu casa todos los días, lo notaban.

La cocinera lloró y corrió a abrazarte. Tenía mucho tiempo a tu lado, casi desde que te casaste. La abrazas fuertemente, tú también la quieres. Algunas veces te llamó la atención para que te cuidaras. Una vez te dijo: «bonita Grace, estás brincando alto, la caída será dura». Te lleva veinte años, así que cuando faltó tu madre la adoptaste como tal. Le confiabas algunas situaciones embarazosas y sentimientos empedrados. Ella tenía su propia familia, hijas y esposo, no podía dedicarte todo el tiempo que deseabas, pero te escuchaba con mucho cariño.

Les dices a todos que quieres descansar antes de la comida. Te encaminas hacia tu recámara. Volteas y ves dudosos tanto a Joaquín como a tus hijos, piensan que ahí puedes volver a beber. Ya han tirado las botellas y las drogas que encontraron.

Joaquín se deshizo de tu ropa interior sexi así como de fotografías y videos –de mujeres y hombres– explícitos y comprometedores. Cuando lo hizo le dolió el alma. Sin-

tió primero que él no te satisfacía como hombre y se echó la culpa. Después de ir con el psicólogo en varias citas aclaró aquello que le martillaba su mente y corazón. Su autoestima volvió a plantarse en él para recordar que tienes una enfermedad. Pidió a un ser superior que lo ayudara. Ir a Al-Anon lo ha puesto en contexto: lo que vives tú, lo que viven ellos como familia. Joaquín sabe ya demasiado sobre ti y sobre lo que hacías, todo te lo confesó un día que estabas en el sillón del cuarto en el psiquiátrico. Él conoce tu historia de vida, tus altibajos y le está costando trabajo sobrellevar esto. Segura le dices: «ahora sí saldremos adelante, ¿me oyes?, es complicado, pero los cuatro nos amamos». Tú volteabas hacia el jardín lleno de flores que vestían de largo a la primavera. Los árboles mecían las hojas verdes intensas y los pájaros volaban cerca, siguiéndose para aparearse. Un nido de golondrinas se había instalado en el marco de tu ventana por fuera. Fuiste testigo de que habitaban ese pequeño hogar cuatro huevos. Los empollaron sus padres. Te dio tanta alegría al escucharlos piar. Ves que él también observa en silencio el exterior, se anestesia. Esa tarde en la habitación del psiquiátrico se te queda grabada.

Esa noche sales para pedirle la cena a la cocinera. Le dices que dormirán temprano. En unos minutos te entrega una jarra de limonada, dos vasos y un platito con cacahuates. Llevas todo en una charola. En el camino recuerdas las botellas que transportabas de la cocina a tu recámara. Pasas saliva, se te antoja, desesperas un poco. Llegas a tu habitación con la jarra de limonada y la botana. El brazo de tu esposo te aprieta y se acerca a oler la jarra. Le miras a los ojos y él retira su nariz. Decide confiar en ti. «Es para los dos, tranquilo», le dices con voz suave. Le comentas que sí extrañas tomar unas copas, pero resistirás. Le pides que te abraze fuerte, lo hace. Después te sirve un vaso de limona-

da lleno de hielo como te gusta. Te lo empinas. Prendes un cigarro y él vuelve a abrir la ventana. Te disculpas por el humo. El cigarro te ayuda a bajar la ansiedad de la desintoxicación. Le comentas: «voy a cambiarlo pronto por un cigarro electrónico para poder dejarlo también, al menos lo intentaré». Tu esposo entiende. Se besan, van a la cama y hacen el amor. Desde hace unos meses que no se tocan. Te portas como una diosa entre las sábanas; él, con ternura y fuerza, se entrega a ti. Se amaron esa noche, pero el rencor y miedo no se disolvieron por completo.

Por la mañana, escuchas el agua que cae en la regadera. Abres tu buró y buscas esa botella disfrazada, recuerdas que la rompiste. También recuerdas que no beberás alcohol ni inhalarás cocaína. Tiemblas, tomas tus pastillas recetadas y te levantas a abrir la cortina. Hoy la ventana está empañada, es un lienzo grande para que tus pensamientos queden ahí expuestos. Comienzas a escribir lo primero que se te viene a la mente, palabras sueltas: desesperación, llanto, complicado, amor, alcohol, familia, papá, mamá. Luego escribes algo más completo: «Deseo cuatro cosas, que el mar esté en calma, que el verde me impregne y que sea aceptada por ser mujer. Quiero despertar de la pesadilla que aprisionó mis sueños». Terminas y te sientas desnuda en el sillón. Ya no escuchas el agua de la regadera. Los aspersores hacen presencia para deshielar el pasto emblanquecido. Tus palabras en el cristal poco a poco pierden protagonismo. Joaquín sale y se para junto a ti con una toalla enrollada y mira todo lo que escribiste, aunque es de difícil traducción. Te abraza y siente tu busto en su pecho. Deja caer la toalla y ahora tú lo sientes completo. Pides a Alexa la canción de *Un hombre y una mujer* y la bailas abrazada a él. Lo besas. Él es tierno contigo, Grace, y te dice que te ama, la desesperación desaparece. Te acaricia y te lleva a la regadera. «¿Por qué no vamos a desayunar a ese

café que tanto te gusta?», te propone y aceptas. Salen de la habitación tomados de la mano.

Tu hija los ve y se emociona. Idealizaciones se alojan en su mente. Ella y su hermano se dirigen a la cocina, van felices a desayunar un par de huevos. Tienen esperanza de que todo cambie, ambos sonríen. El agua que arrasa contigo y los que quieres se va secando poco a poco, deja una parte una capa de sedimento blanco que podrás barrer y tirar de tu vida en un tiempo.

## Capítulo diecinueve

---

---

**S**emana tras semana asistes a las sesiones de Alcohólicos Anónimos. Cuando la ansiedad te llega hasta el cuello vas a diario. En las sesiones te han recomendado que escojas una madrina o un padrino; todavía no tienes idea de quién sería porque no conoces a los asistentes o mejor dicho, aún no les tienes tanta confianza. Has creado un vínculo con algunas personas, pero ninguna te convence para hacer el proceso de volcarte ante el otro y dejarte transparente hacia ti misma y los demás. Sabes que no te gustará.

Sigues en tu lucha, además del AA vas al psicólogo y tomas los medicamentos psiquiátricos. Pones todo de ti, pero esa pelea interior es perpetua. Unos días estás sin sangre; otros, sumida en la nada. La ansiedad te tatúa, te marca profundo. Esos días te acuerdas de las palabras de tu mamá y sientes que no podrás salir de este infierno.

Una tarde un hombre, mayor que tú, se acerca a ti y te dice que tiene días observándote con detenimiento. Te nota sumida en tu sufrimiento, sabe que te culpas a ti y a los demás, Grace, dice que es normal. Sigue hablando contigo de su experiencia, la cual ya has escuchado cuando pasó al estrado. Ahora es diferente, lo hace de manera más íntima al contarte cara a cara. Su empatía y sinceridad te dan confianza, le hablas de tu situación. No has subido al estrado todavía y nadie sabe nada acerca de ti, tú solo vas a escuchar. En otra ocasión, él dijo a todos: «yo llevé una vida demasiado sórdida, quiero compartirla y que otros se vean en el mismo espejo, mi mayor deseo es que se alejen a donde su reflejo sea más limpio y claro». Escuchaste de sus labios todas las veces que ha recaído. Externó que el alcoholismo, la drogadicción y la adicción al sexo son una enfermedad y no hay manera de librarse completamente de ellas. Lo que sí se puede es llevar una vida diaria limpia, «solo por hoy», les dice, «así vivirán de ahora en adelante».

Esa noche caminas a tu casa. El frío sube por tu cuerpo, pero no te importa; llevas un abrigo y botas. Te tocas tu nariz, que está roja y helada, piensas en ese hombre que te platicó y escuchó con desinterés sexual. «Eso es raro», reflexionas y desconfías por un momento. Es un adulto mayor educado y desea ayudarte como lo han hecho con varias compañeras y compañeros del grupo.

Llegas a tu casa, Joaquín está en la sala. Le platicas que encontraste a un hombre que puede ser tu padrino. Su primera reacción es hacer una mueca de desconfianza, «¿qué tan buena idea es tener un hombre enfermo cerca de ti?», te pregunta. Le platicas de él, de su lucha y sus ganas por entregarse a los demás. Es un hombre maduro, limpio, que lucha día con día. Todo lo que hace lo hace de buena fe. Joaquín te da las gracias por platicarle, pide disculpas y

alienta a que sigas con tu proceso. Grace, no recuerdas que tu esposo también lleva el suyo, tú no le preguntas nada. Su programa de apoyo le ha hecho ver que no puede hacer nada por ti, más que darte amor y estar ahí. Reconoce ahora sus errores y no desea repetirlos. También él vive solo por hoy, Grace. Le das un abrazo y sabes que se acompañarán en esta vida que les ha tocado porque realmente se aman. Te recuestas en su pecho. Toda esta plática ayuda a que comprendas a tu padre que no hacía nada por sacarlas adelante; alguna vez las llevó a ti y a tu madre (por separado) a un par de centros de rehabilitación y desistió cuando ustedes no quisieron salir adelante. Tu padre ya solo las acompañó y las dejó ser. Él visitaba a un amigo para platicarle sobre ustedes, se desahogaba. Volvía a dar apoyo sin juzgar, esto le llevó algunos años porque al principio no entendía y reclamaba a tu madre que se perdía tan a menudo. Un día te dijo a ti: «hazte cargo de tus propias acciones, yo estaré aquí para saber qué decidiste, tu madre jala mucha atención de mi parte, Grace». Hoy sabes que tu mente siguió por una carretera llena de curvas y tú circulabas a toda velocidad, sin frenos.

Al día siguiente, en cuanto despiertas y abres tu buró. Lo cierras rápido, no hay botellas. El hecho de abrir ese cajón hace que lo vivas y tengas ganas de beber. Te levantas de la cama, oyes que Joaquín sale de la regadera. Quieres verlo, en la noche hicieron el amor por varias horas y lo deseas de nuevo. Lo alcanzas para abrazarlo desnudo. Te acercas y él te dice: «¡qué diferente estás!, más cariñosa y radiante, la piel te ha cambiado y te ves feliz». Le comentas: «tú has adelgazado, creo que es porque nos metemos a la cama a amarnos todas las noches». Miras que él asiente con una sonrisa. Te adelantas, quieres hacer de desayunar para todos. La cocinera te apoya, pero todo tiene tu sazón. Desa-

yunan temprano juntos. De pronto las manos te tiemblan, tienes otro ataque de ansiedad. Te disculpas con todos y vas a tu habitación. En el sillón verde abrazas un cojín, ves los árboles, los aspersores regando y el chorro de uno de ellos pegando a tu ventana; no has pedido que lo arreglen porque te agrada el dibujo que deja. Sientes muchas ganas de beber y drogarte, es para apaciguar las emociones hechas maraña en tu mente. Tu esposo va a verte y te pregunta si te sientes bien. Primero dices que sí, pronto confiesas que te da miedo recaer. Joaquín te acaricia el cabello y comenta: «nuestros hijos y yo te daremos mucho amor». Se queda acompañándote un rato, le llaman un par de veces. Por fin te dice que debe ir al trabajo, pero que regresará temprano. Quedas sola. Respiras hondo y haces todo por no salir corriendo de casa a comprar un porro y una botella. Tu hija pasa a verte un momento antes de irse, nota que estás alterada y te expresa: «solo por hoy, mami, te quiero». Lloras hasta deshacerte mojando parte del sillón. Decides llamar después de unos minutos al hombre maduro que te ofreció su ayuda en AA. Te contesta pronto y dice que está a tus órdenes. Comienzas un monólogo de lo que sientes, él solo escucha con atención. Al final te dice: «sé que es complicado que resistas; por favor no faltes a la siguiente sesión. Si consideras necesario vuelve a marcarme». Antes de colgar le preguntas si quiere ser tu padrino. Él encantado te dice que sí. Das fin a la llamada. Te sientes satisfecha pero no alegre. Comenzarás con él los muy anunciados doce pasos. Quedaron de verse el martes a las seis de la tarde antes de comenzar la sesión de AA. Faltan tres días para que los veas.

Un día antes de tu junta te paras en una tienda de conveniencia y compras una botella de vino. Tiemblas al pagarla, lo estás haciendo en automático. Estás a punto de llamar a tu padrino, sería la primera vez que te comuniques

con él para una emergencia. Tienes la botella en la mano, la ves un par de minutos, dejas el celular en el asiento. Bebes el vino y al empinarla te quedas en tu camioneta estacionada a una cuadra de la tienda. Lloras por lo que haces, te arrepientes con toda la satisfacción andando por tu cuerpo. El llanto es de una niña arrepentida, sincero y sin reservas. Echas el asiento para atrás y te quedas ahí por horas. Tus ojos están hinchados, la tristeza te abarca por completo. Tu celular comienza a sonar sin parar, son Joaquín y tus hijos, decides apagarlo. Sin pensar en el dolor que eso provoca. Ellos saben que no pueden hacer nada por ti, así lo están aprendiendo, pero ha pasado poco tiempo para liberar de sus vidas esa idea que deben dejarte libre y sanar por sí mismos. Son conscientes que deben darte todo el amor posible. Después de dos horas estás a punto de ir por algo de cocaína y buscar unas manos ajenas que te consuelen, pero llamas a tu padrino. Él ya sabía de tu desaparición y estaba en la calle buscándote donde sabe que venden coca a personas de tu estatus social. Fue a las tiendas cerca de tu casa, todo sin éxito. Te comentó que esperó a que le marcaras. Lo haces y lo primero que le dices es: «soy un fracaso total». Él te da ánimo mientras comenta que estás en un proceso. Te pide que le digas dónde estás para alcanzarte. Teme que te hagas daño. Sí te pasa por la mente morirte de una vez por todas como tu madre lo pronosticó. Miras lo frágil de tu piel, las venas se te notan la sangre, podría brotar con facilidad. Tu padrino llega en veinte minutos que te fueron eternos.

Te pide que abras la puerta. No entiendes en un principio, estás confundida, en el asiento con toda oposición porque te levanten. No lo deseas, Grace, tu padrino sabe por dónde llegarte, ya tiene toda la habilidad. Sin recriminarte entiende y dice: «irás por veinticuatro horas». Le comentas las ganas que tienes de drogarte, que otras manos que

no sean las de Joaquín te toquen y otros labios te besen. «Te entiendo, Grace, repetamos juntos varias veces la oración de la serenidad», te dice. Cierras los ojos y dices la oración concentrada, empeñada a tranquilizarte, con todas las ganas. Lo haces con lágrimas corriendo lento por tus mejillas. Él te dice humildemente: «concéntrate en un Dios, así como te lo imagines y lo creas. Lo necesitas para que esté contigo y te auxilie. Yo también estaré contigo como alguien humano que también puede cometer errores». Le dices que solo crees en un Dios que es parte de la naturaleza y que tú formas parte de ella. Esta plática te saca de tu centro y te dan ganas de lanzarte al vacío. «¿Tu familia sabe dónde estás, Grace?», te pregunta preocupado. Le contestas: «No, no les he contestado y tengo el celular apagado». Continúa sus preguntas: «¿Consideras necesario informarles que estás bien?». «¡No!, porque caí de nuevo», reclamas con miedo. «Grace, recuerda que estás enferma y puedes caer en cualquier momento. Llegarán periodos largos en tu camino que corras recto y seas feliz en compañía de los tuyos, habrá otros en los que te gane el pasado. Las sensaciones y emociones conflictivas te abrazarán como una camisa de fuerza y no podrás zafarte, Grace. Esas sensaciones serán cada vez menores y todos te rodearán de amor. Todo tu grupo de AA también lo hará. Por favor, no faltes y confía en mí», dice con voz serena. Le das un abrazo como se lo darías a tu padre.

Te lleva a tu casa. Al ver llegar la camioneta tu familia sale deprisa. Todos te abrazan a pesar de tu olor a alcohol y tu estado. No te recriminan. Tu esposo le ofrece a tu padrino llevarlo a su casa. Comenta regresará solo y que es mejor que todos se queden contigo. Te preguntan si deseas platicar. Les dices que no, que solo deseas dormir. Tu hija se ofrece a hacerte un emparedado, agradeces negándolo.

Estás apenada, Grace. Mañana los enfrentarás y volverás a comenzar.

Te acuestas en tu cama avergonzada, cansada. Te llama tu padrino y le confiesas: «deseo que ya sea mañana para volver a empezar, me siento decepcionada de mí misma». «Ya comenzaste esas veinticuatro horas, Grace, el *solo por hoy* ya es en este momento», te dice con calma. Le das las gracias bostezando y añade: «descansa, Grace, no estás sola».

Al día siguiente te mantienes en comunicación con él. Esta vez tu familia no te pide explicaciones, eso te ayuda a ir por unas horas más limpia. Ellos están entendiendo el proceso de cada uno.

Todos salen de casa a hacer sus actividades del día. Te quedas sola. Sales de la cama y vas a mirarte al espejo. Tienes ante ti a otra Grace: viva, limpia, sin ojeras, con ganas de seguir adelante, «solo por hoy», resuena en la cabeza. Lo repites mucho y pides perdón por los demás. Te gusta verte. Tus ojos hinchados son parte de tu recuperación. En camión vas a sentarte en tu sillón verde. Ahí frente a la ventana miras el exterior, ves los árboles al fondo y ese campo enorme que hace que se pierda tu vista. Llamas a tu padrino. Contesta al segundo timbrado: «¿cómo estás, Grace?». Se oye de tus labios un: «estoy animada, con ganas de hoy vivir un día distinto, necesito salir de esto que me ha acompañado por tantos años». En conjunto dicen la oración de la serenidad. Tú lo haces con el pasto verde por delante de tu mirada y eso te conecta más con tu Dios. El padrino te anima a que inicien con los pasos, le contestas que sí y registran su cita a las seis de la tarde.

Decides caminar. Llegas a las cinco de la tarde al AA. Escuchas la junta de esa hora mientras esperas a tu padrino. Estás sudando. Te ofrecen refresco o agua. Pides un vaso de refresco de cola con hielo. Prendes un cigarro. Tu padri-

no llega diez minutos antes de las seis. Trae en sus manos un par de libros azules. Se sienta a tu lado y enciende un cigarro. Te pide vayan al salón de juntas. Comienzan con algunas reflexiones y te da el libro diciéndote que es un regalo, le agradeces. Comienzan la lectura y la historia de cómo comenzó la organización. ¿Sabías que está en todo el mundo?

Lee en voz alta y van reflexionando cómo inició la organización, su fin, irán paso por paso. Eso les tomará semanas de concentración y trabajo.

## Libro azul

### *Prólogo de la primera edición impresa en abril de 1939.*

Quienes conformamos Alcohólicos Anónimos somos más de cien mujeres y hombres que hemos logrado restablecernos de una condición de salud aparentemente sin esperanzas de cura, tanto de nuestra mente como de nuestro cuerpo. Es así que el propósito principal de este libro es el informar a otras personas alcohólicas, en una manera detallada, la forma en que hemos podido restablecernos.

Compartimos la idea de que esta comunicación de nuestras experiencias, asimismo, auxiliarán a las demás personas a comprender mejor al alcohólico.

Queremos también dejar asentado que nuestro trabajo en alcoholismo es un esfuerzo desinteresado. Cada uno de nosotros tiene la encomienda de omitir su nombre personal y sólo presentarse en forma simple como: Un Miembro de Alcohólicos Anónimos.

Estás de acuerdo con lo que escuchas de tu padrino, porque lo vives con tus compañeros y la organización. Deseas ayudar a mujeres y hombres con tu testimonio cuando estés

lista para hacerlo. Siguen con la lectura en varias sesiones, hasta llegar al trabajo que son los pasos que harás, Grace.

*Doce pasos y doce tradiciones:*

1. Admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.

Cada reunión analizas los puntos con tu padrino. Comprendes muchas cosas, pero también te reprochas el haber sido vulnerable. Admites de inmediato que no podías dejar de tomar. El vodka en la bolsa de mano, la botella en el buró, tus visitas a la cocina para ir por alcohol llegan a tu memoria. Las veces que te caías de borracha en las fiestas. Las drogas que te metías desconociendo su procedencia y los hombres que te poseyeron porque así lo permitiste.

2. Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio.

Jamás habías pensado en un poder superior. Veías que otros se rendían ante él, ante un dios, y tú no lo sentías necesario. Ahora es que le pones nombre, le llamas *Naturaleza*. Recuerdas las veces que te perdiste en la ventana observando los árboles, las plantas y mirabas en tu interior; cuando de niña buscabas la noche llenando de la música que te regalaban los insectos cuando cantaban; o el sol con sus naranjas que te tranquilizaban.

3. Decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios, como nosotros lo concebimos.

El significado de la naturaleza te regala paz y tranquilidad; en tu vida cobró un latido distinto en tu pecho. Tu padrino te explica que entregarse al amor del poder superior ayudará a apoyarte cuando tienes alguna debilidad y

podrás salir adelante con mayor facilidad. Entonces te ves arrogante, Grace. El mar de lágrimas te acompaña en algunas ocasiones cuando estás sola en tu recámara, el piso todavía se inunda un poco. Te ayuda si te miras por dentro con amor o si platicas tanto con tu familia y con tu padrino. Cada día vas por otras veinticuatro horas, eso no quiere decir que no recaíste antes de hacer el cuarto paso.

Una noche bebes de nuevo. Al entrar a tu habitación, ves a Joaquín dormido, ya no te busca cuando no estás. Lo despiertas para contarle, estás triste pensando que no lo lograrías. Él solamente te abraza. Le pides que duerma. Llamas a tu padrino, «no es fácil, Grace, ve cada día por un día más limpio». Quedas de verlo para pasar al siguiente punto.

Alumbras con tu celular para no volver a despertar a tu esposo, ves el sillón color verde que apunta hacia la ventana. Lloras, estás sensible, sabes que le diste a ese color el significado de contención y calma.

## Capítulo veinte

---

*Trato de no considerar la violencia, los desbordamientos de ternura, los reproches de mi madre sólo como rasgos personales de carácter, sino de situarlos también en su historia y en su condición social. Esta manera de escribir, que me parece ir en el sentido de la verdad, me ayuda a salir de la soledad y la oscuridad del recuerdo individual, por el descubrimiento de una significación más general.*

Annie Ernaux

---

**T**u padrino sabe cómo te sientes: «sé que es complicado y todos los que lo intentamos flaqueamos en algún punto; somos seres humanos, no divinidades, fallar está en nuestra naturaleza; eso no quiere decir que no lo lograrás». Lo escuchas, Grace. Te recuerda que antes no podías gobernar tu vida por el alcohol. Ahora lo harás «solo por hoy» y tu *ser supremo* te ayudará a conseguirlo. Te apoya como lo

ha hecho con hombres y mujeres, y como lo ayudaron en la organización. Agendan una cita para verse a las seis de la tarde al día siguiente en un café cercano a tu casa.

Llegas con tu libro azul al descubierto. Nunca lo forraste porque no te importa que se enteren desconocidos o conocidos que estás en proceso de recuperación. Él también trae el libro con la portada desenmascarada. A pesar del empuje vas decepcionada de ti, triste. La empatía de tu padrino te da confianza para hablar y continuar con los pasos. Pide que busques la página sesenta y cuatro. Él comienza a leer:

*Sin temor, hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.*

Comenta el punto. Necesitas fuerza de voluntad. Crees que la vida no te ha tratado bien y actúas como víctima. «Eres una egoísta, Grace, por creer que solo tú existes», te dices a tus adentros. Leen el libro donde viene el inventario, así te das cuenta de la verdad que habita en tu interior. Destaca tu ego, Grace. Realizas una lista en la mente de las personas a quienes les guardas rencor porque te hicieron daño. Tu padrino te aconseja que escribas a solas, se despiden con un abrazo. Todavía alcanzas la claridad. De regreso caminas hacia tu casa. Con el proceso llegarás a saber lo que es ser feliz y una vida tranquila, solo necesitas tiempo. Al pasar por la banqueta de un parque pisas las hojas secas y el sonido te recuerda a las horas vivías de niña en el jardín. El crujido te llenaba los oídos con cierta satisfacción de romper lo ligero, lograbas sentirte fuerte. Ahora vas pisando hoja por hoja por elección, amas la sensación. Cruzas hasta la banqueta de la otra calle y tus pisadas se vuelven silenciosas. Piensas en los nombres de las personas de tu lista. Al llegar a tu casa te arropa la oscuridad de la noche con su ceguera. Entrás al estudio, está desocupado. Pides que no te molesten por

una hora. Te sientas frente al escritorio de roble brillante, con sus vetas al descubierto. Tomas una libreta y te sientas. Escuchas murmullos afuera, tu esposo pregunta por ti, alguien le informa que estás en el estudio pidiendo tiempo a solas. Desconfía de tu encierro, no le importa tu restricción y entra a asomarse. «Por favor déjenme sola un rato», le pides atentamente. Su semblante preocupado se relaja al ver que estás trabajando con tu libro azul y no bebiendo. Comienzas la lista con una pluma azul y otra verde. La persona que encabezaba el escrito era tu madre. Continúas la lista. En décimo lugar, escribes a tu papá, seguido de Joaquín y tu hija, más abajo colocas a tu hijo menor.

Debes poner a quienes te hicieron daño, de lo más sencillo a lo más complejo. Lloras recordando, es como vivirlo nuevamente. Tu padrino te ha dicho anteriormente: «persevera, Grace. Muchos desisten en este cuarto paso o en el quinto; sé valiente y ardua. Yo estaré a tu lado. Pero sobre todo, acepta la ayuda de tu Dios».

A un lado de cada nombre pones la causa y lo que te afecta. Solo haces la primera hoja, es agotador. Los hombres se te cargan como en muchas ocasiones. Apagas la lámpara jalando el cordón metálico y sales. Llevas las hojas en un fólter, no deseas que nadie las lea. Enciendes la luz del pasillo y te vas a tu cuarto con miles de pensamientos en tu cabeza. Te citaste con tu padrino, para hablar de este paso, en una semana; te pidió que le comunicaras si necesitabas más tiempo. En este momento no sabes cuándo terminarás. Tu esposo te dice que le cuentes qué hacías en el estudio. Solo le dices: «es el cuarto paso de AA, debe hacerse en soledad y a discreción. Seguramente tú también lo harás en Al-Anon».

Te comentas a ti misma que esto no es nada sencillo y que no deseas claudicar. Se abrazan y te sientes amada;

arropada por un hombre que te quiere y desea que su familia enferma vaya día con día, saliendo de este infierno en el que estaban viviendo todos. Él comprende que es cosa de todos y no solo tuya. Grace, también es cierto que desde que aceptaste tu enfermedad también asumiste que dañaste a los que te rodean y a desconocidos. En silencio piensas en lo que ya pasó, en el presente y en lo que vendrá. Te quedas dormida.

Despiertas cuando Joaquín se prepara para irse al trabajo. Extrañas desayunar con él; hace tiempo que no comparten sus desayunos entre semana porque tú duermes más. Planeas en un futuro cercano que pondrás una mesa en el jardín y desayunarán entre los árboles. Despides a tu esposo con un beso y le dices al oído: «solo por hoy, amor». Él te contesta con otro: «solo por hoy».

Te levantas y vas por tu bata de seda; esa vestimenta ya no tiene un doble significado para ti, el pasado se le esfumó dándole ligereza a tu vida. Sales y el pasillo, que se cruza por las puertas para entrar a las recámaras, te parece inmenso. Quedas pequeña entre sus paredes. Antes te tambaleabas borracha para llegar a tu cuarto, tus brazos alcanzaban los muros de un lado a otro. Ahora tomas conciencia de tantas cosas y una de ellas es este pasillo insignificante que forma parte de tu casa. «Yo no voy por una botella a la cocina, sino por un café y pan tostado con crema de cacahuete». Pasas a desearle un buen día a tus hijos; tu hija ya va corriendo al trabajo y tu hijo pronto tendrá clase en la universidad. Con el poco tiempo que llevan trabajando se han notado los cambios en la relación familiar. Aún falta mucho por hacer. Te gusta cómo germina un amor donde la semilla se había ahogado. Te encargaste de sembrar otra, cada quien en la familia la abona, le da sol y riega con agua.

En tu recámara abres la cortina y sonríes. La mañana la dedicarás a continuar con la lista y a escribir lo que

te han hecho cada una de las personas que has nombrado. Escribirás cómo cada una te ha afectado en tus relaciones personales, sexuales, amor propio, seguridad, temor u orgullo. Debes también analizarte a ti misma, ¿fuiste egoísta o interesada?, ¿hubo falta de sinceridad o tuviste miedo? Continúas con el nombre de tu madre. Escribes una hoja completa sin parar de llorar. Jamás creíste que fueran tantas las carencias por la forma de actuar de tu madre o por la manera en que funcionaba su relación. Escribir en papel que tu madre no te deseaba y que varias veces te dejó a tu suerte fue duro para ti. A pesar de saber que a ella le sucedía algo similar, su madre la dejaba sola por horas.

Terminas tu café ya frío; no quedaba pan con crema de cacahuete. Los árboles adornan el fondo de tu vista. Decides darte un baño para descansar un rato. «Los demás serán más sencillos», te dices sin saber que escribir sobre tu papá no será fácil y habrá mucha tela de donde cortar.

El agua caliente te viene bien. Disfrutas cada gota que roza tu cuerpo; se confunden con tus lágrimas que caen en tu piel. Saliendo, te quitas el gorro de baño y sueltas tu cabello. En uno de los espejos que está en el vestidor te miras desnuda mientras secas tu cuerpo. Sientes que eso estás haciendo en tu proceso, te desnudas para ti y los demás; pero en un sentido más profundo. Te pones crema en el cuerpo y te cambias lento. Hoy no planeas salir, tal vez solo vayas un rato a caminar. Escoges cada prenda que te haga sentir cómoda. Portas ropa interior de colores similares a la ropa que sacaste, unos jeans viejos y una blusa azul que te gusta mucho. Después de aplicarte las cremas en tu cara, coloreas un poco tu rostro. Tiendes tu cama y pides que nadie te moleste. La cocinera va a tu recámara con un jugo verde y pide entrar, ahí frente a ti pregunta con preocupación: «¿te sientes bien?, ¿necesitas algo?». Le dices que todo está en orden, agrade-

ces su atención y le comentas que tienes tarea de AA. Se va satisfecha con tu respuesta. Dedicas el resto de la mañana a escribir en el sillón frente a la ventana. Se te dificulta hacerlo porque el llanto te acompaña. Llevas tres hojas de nombres y cuatro hojas explicando lo que te hicieron y cómo te afectaron. Dejas todo en el folder y sales un rato al jardín a que te dé el aire. El sol cae intenso en tu piel y calienta tu cabello, dando calor a tu cabeza. En un día frío como hoy te agrada sentirte arropada por los rayos. Caminas hacia los árboles. Donde vives los terrenos son abiertos y unidos, los jardines son grandes. Te lleva varios minutos llegar a ellos. Ya bajo la sombra de un árbol grande te recuestas en la tierra húmeda. Las hojas secas te rodean y las aprietas con tus manos. Tienes los ojos cerrados, con el pensamiento puesto en las palabras escritas y en las que faltan por escribir. El viento acaricia tus mejillas, tus brazos están cubiertos, pero el clima te recuerda que debiste usar una chamarra. Ahí sobre la tierra es que te sientes viva. Percibes que te salen raíces fuertes, unas que jamás lograste ver en tu familia, hoy sabes que existen en ti. El tronco que formas es irrompible y ahí quieres que tu hija y tu hijo se apoyen para que vivan tranquilos. Reflexionas unos momentos más y decides regresar para terminar de escribir. Ves que llegan tus hijos a casa, no te habías dado cuenta de la hora. Entras por la cocina para comer con ellos. Hoy a tu hija la notas molesta contigo, tratas de respetar y de no alimentar la agresión. No es sencillo el proceso familiar. Platicas en general que sigues haciendo los pasos de alcohólicos anónimos. Tu hijo te hace preguntas, vas a contestarle cuando te llega un mensaje de Joaquín diciendo: «se alargó la junta e iré a comer con los clientes». Vas a leerles el mensaje cuando tu hija se levanta de la mesa diciendo: «es impresionante que no puedes regalarnos un momento sin que pongas atención a los demás». Su actitud es infantil, tratas de entender.

Tu hijo termina de comer y te pide que si le cuentas después porque tiene que ir a su entrenamiento de fútbol. Te quedas comiendo sola y con ganas de platicar. Comienzas a victimizarte. Es difícil librarte del sentimiento de que los demás te hacen daño. Así uno a otro se echan la bolita.

Pasan los días y terminas una lista que te llena de dolor e indignación, sobre todo contigo misma. Ahí incluiste, como te lo pidieron, a todos los hombres con los que tuviste una relación o un encuentro sexual. Te ofreces a tu ser supremo. Llegas al café, tu padrino ya está ahí. Te sientas con tu libro y una decena de hojas mal acomodadas. Te indica: «no leeremos tus hojas porque son tu inventario personal. Ahora, Grace, seguiremos con el quinto paso».

*Admitirás tus defectos ante Dios, ante ti misma y ante otra persona.*

Te lo dice de memoria sin leer el libro azul. «Admitir mis defectos... ¿Quién es esa otra persona a quien se los tengo que admitir?», preguntas. Él te pide que escojas a alguien que haya llevado el proceso. Sin pensarlo se lo pides a él y sonríe diciéndote: «con mucho gusto, nos veremos cuando te sientas lista». Lo observas atentamente. Su semblante tranquilo y serio te presenta un poco a lo que te enfrentarás.

Pasan dos semanas, le llamas para verlo en tu casa por la mañana. Caminan (tu vida ya transcurre en pasos, Grace, un pie después del otro) lento a sentarse debajo de los árboles, ahí tienen la privacidad que necesitan. Colocas un par de sillas plegables y una mesita, también tienes preparada agua de limón y botana. Se sientan sin hablar. Tienes las hojas ya ordenadas ahora de un folder usado que dice «seguros». Él saca de una bolsa de manta unos pañuelos desechables y cacahuates, los pone en la mesa. Te pone nerviosa ver los pañuelos y quieres que se vaya. Él lo percibe y

te dice: «tranquila, estás en confianza. Yo solo te escucharé; ya si deseas que comente algo al final, lo haré. No te límites a demostrar tus emociones, voltea a tu alrededor, estamos solos, escogiste muy buen el lugar. No sé si lo habías analizado, me explicaste que tu ser supremo es la naturaleza, entonces llénate de él, de ella».

Hablas sin parar durante cinco horas. Ves a tu familia entrar a casa de uno por uno. Continúas sin distraerte. Pides una pausa silenciosa. Tu boca se selló, pero tu mente se mantuvo ruidosa. Sacan comida de la canasta. Cada uno come un sándwich. Unos minutos después continúas tu confesión.

Por la noche te metes entre las sábanas y aceptas un abrazo de Joaquín. Tu cabeza está rota y al mismo tiempo liberada. Le compartes tus sensaciones a tu esposo. «Es como ser agua con aceite», le dices. Él, empático, comenta que poco a poco irás mejorando. Te acaricia la espalda hasta que te duermes.

## Capítulo veintiuno

---

*No podía hablar. Se le había trabado la lengua. Podía sentir cómo corría la sangre por sus venas. Era como si su corazón se estuviera hinchando y ocupara todo su cuerpo. Una enorme y suave extensión de dolor.*

Doris Lessing

---

**S**igues con la escritura, Grace. Ya es tu última lista. Estás emocionalmente cansada. Te levantas para ir a la cocina. Ahí se encuentra tu hijo inmerso en la computadora terminando un trabajo y dando cucharadas al cereal. Quita sus ojos de la pantalla para mirarte, sientes sus ojos en ti. Volteas y le sonríes, te dice que te ve abrumada. Le cuentas a grandes rasgos lo que has estado haciendo estos días. Pasa su brazo por tus hombros y te planta un beso en tu mejilla fuerte, largo, duradero. Se lo agradeces con otro igual y le preguntas: «¿cómo estás?». Te enteras de que en estos días tiene exámenes, dos de ellos muy complicados, que es un

semestre agotador entre escuela y terapia con la psicóloga. No sabías que había dejado el grupo de Al-Anon. Regresa tu preocupación antigua de que él cayera en el alcoholismo. Decides quedarte cerca, pero sin invadir como solías hacerlo. Le susurras que te encuentras ahí para él. Agradece, expresa que acepta tu enfermedad y que él no es responsable ni te puede curar. Le sonrías de nuevo al escuchar esto. Se abrazan y todo deja de existir, lo amas y él lo sabe. Te vas para que siga con su trabajo y tú te ocupes del tuyo.

Entras a tu recámara, traes en la mano un vaso de agua de jamaica que te recuerda a la escena de la fiesta infantil y el vodka. Lo olvidas al perderte en el cielo y el calor que emanan sus naranjas y rojizos. Te falta algo, Grace, estás en un proceso en tu vida que durará el resto de tus días. Quieres acompañarlo de algo más. Tu hija pronto se casará, no ha dicho nada. Ella ya tiene tiempo con su novio del cual no conoces nada porque te encontrabas ausente. Y cuando recordabas que debías estar presente te comportabas como una mamá cuervo e incomodabas a todos con tu intensidad. Tu hijo ya va a salir de la universidad, trabajará y se mudará. Les ha dicho a ti y a Joaquín que quiere vivir por su cuenta. Su amor los rodea, Grace, quieres que sigan juntos. Él te ha dicho en varias ocasiones que también lo desea, así como perdonarte a ti y a él mismo. Aceptar tu condición le cuesta y a la vez te admira, porque te ha visto en el suelo muchas veces y es testigo de cómo te has levantado a pesar de lo duro que has caído. Esta última vez te arrastraste por kilómetros y en tu cuerpo quedaron raspaduras; el pavimento se pintó de rojo y, aun así, fuiste alineando tu ser poco a poco hasta quedar erguida. Cuando tus hombros se caen de vez en cuando, buscas alzarte.

Te sientas en el sillón; después de unos minutos te viene a la mente que a la par de tu recuperación quieres rea-

lizar alguna otra actividad. Sabes que te gustan las artes y recuerdas tus ganas de estudiar arquitectura. Te preguntas: «¿por qué no hacerlo ahora?». Lo planearás bien con apoyo de tu padrino para combinarlo con tu recuperación.

Llega Joaquín, te pregunta si quieres cenar, le dices que sí, toma tu mano y te lleva a su lado. Él prepara una ensalada y un par de sándwiches. Te sientas y apoyas los codos en la barra. Joaquín lava y pica verduras, unta mayonesa en los panes, está concentrado. Tú le comentas que tienes planes de intentar de nuevo estudiar en la universidad. Él deja de hacer todo y te mira un poco intrigado, te dice: «¿Crees que tengas la concentración y ánimo para hacerlo?». Le comentas que no hoy, pero que te pondrás la meta de ingresar en un semestre o en un año. Le compartes que lo planearás con tu padrino para que no afecte lo que llevas ganado con la recuperación. Escuchas que te apoya y que estará ahí junto a ti. Llegan tus hijos, ambos se sientan y su papá gustoso aumenta las cantidades de alimentos. A ellos también les comentas tus ganas de estudiar arquitectura, les compartes que tienes la necesidad de realizarte. Les platicas que desde siempre quisiste cursar esa carrera. Cuentas que te informaste, trabajabas para pagar una parte de la colegiatura, que tu papá ayudó con otra parte, tuviste una oportunidad. La desaprovechaste porque no fuiste constante en nada, el alcohol te ganó, abandonaste el trabajo y la carrera. Joaquín les reparte su sándwich, miras cómo pone la ensalada en el centro de la mesa.

Tus hijos te alientan emocionados. Tu hija expresa que irán lento y contigo, con un pie a delante de otro. Sonríes y les dices: «seguiré con mis pasos de AA y con mi vida. Un día a la vez».

## Capítulo veintidós

---

*La mayoría de nosotros hemos estado poco dispuestos a admitir que éramos realmente alcohólicos. A nadie le agrada pensar que es física y mentalmente diferente a sus semejantes.*

Tercera edición del Libro Grande

---

**D**espués de narrar tu historia en la reunión de Alcohólicos Anónimos, te vas a sentar a tu lugar. Las piernas te tiemblan a pesar de los ánimos que te dan todos. Sacas un cigarro para hacer humo tu sentencia contra ti misma. Necesitas liberarte y has trabajado por ello por más de año y medio. No has bebido desde hace siete meses, Grace, estás feliz contigo. Tu familia se siente orgullosa de ti. Es una lucha constante, te dices: «solo por hoy». Es difícil para ti saber que tu mamá nunca aceptó su problema, pero entiendes que ella tenía sus propios demonios que la persiguieron por muchos años hasta su muerte. Muchas veces culpaste a

los otros de tus propios errores. Ahora lo entiendes, Grace. Aprendiste a soltar secretos para sincerarte con los demás y te encontraste a ti misma. Detectaste lo que te causaba dolor para tapan con tierra el sufrimiento. Sembraste pasto encima y lo riegas a diario. No deseas equivocaciones, el perdón es lo más importante para ti: perdonaste a otros, te perdonaste a ti y te perdonaron.

Termina la junta de hoy, se despiden. Más de alguno te felicita por atreverte a contar tu historia. Cruzan la puerta y sabes que cada uno sigue con su vida, con su propia lucha. Caminas a tu casa, en tu recorrido recuerdas cuando te subías con los chicos o cuando pasaba tu papá para llevarte a casa. Te pone feliz haberte animado a dar tu testimonio en la junta, sientes el orgullo, sabes que seguirás procurando tu bien, Grace. Estás consciente de que tienes una enfermedad. Te conmueve que tu familia también se está liberando de esa cadena que la había atado. Te das cuenta, Grace, que les resta una vida por superar. «No hay víctimas ni victimarios», esas palabras llegan hasta lo más profundo de ti. Continúas con tu proceso de los doce pasos, aún hay mucho por hacer. Tu padrino te ha ayudado mucho, seguirá acompañándote. En el camino, el sol baja para regalarte esos tonos naranjas que tanto disfrutas, ahora el azul que casi despoja el atardecer toma un color violeta; te seduce. Observas a muchas personas que transitan en la banqueta o suben y bajan de los camiones, te sientes viva. Los pájaros se guardan a descansar piando en los árboles que se encuentran en tu recorrido. La noche gana a tus pasos, Grace, sigues el camino a tu casa. La luna se asoma y decides escuchar música con los audífonos. Vives cada nota, el violín y la trompeta que se reproduce recorre por tus venas. Esa es tu nueva manera de vivir, Grace, intensa y cauta. Ves tu casa de lejos, las luces ya están encendidas, en la fuente continua

el flujo del agua. Te embriaga la alegría. La felicidad, Grace, y no la botella de alcohol. Entrás a tu casa, ves a tu hijo en la cocina haciendo una quesadilla, te regala una sonrisa. Lo saludas con un beso y un abrazo. Le cuentas lo que sucedió en la junta de AA, se asombra y te abraza. Platican y escuchan llegar a tu hija y a Joaquín. Tu hijo les cuenta que ya hablaste en la sesión. Se sorprenden y te felicitan. Los tres te animaban a subir, pero tú te tomaste tu tiempo. Cada uno prepara algo para cenar todos juntos en la cocina. Hablan de sus avances y recaídas. Les dices que por lo que escuchas ya todos identifican de dónde viene el problema. Todos asienten. Tu esposo reconoce el trabajo de todos y sobre todo el tuyo, porque no has abandonado al psicólogo, al psiquiatra, tomas los medicamentos y vas a las juntas de AA. Comentas: «voy por un día y gozo cada momento». Les das un abrazo a cada uno y te diriges a tu cuarto; a veces hay destellos de tormentos que te encandilan de vez en cuando.

En tu habitación cierras la ventana, dejas encendida la luz de la lámpara, reflexionas lo que viviste el día de hoy; afuera se ve oscuro, pero tú guardas una claridad que te desempaña las emociones. Ves que tu celular se ilumina, es tu padrino que te pregunta cómo te sientes. Él sabe que los recuerdos pueden enmarañar hasta borrar el camino andado. Le contestas que temes recaer. Lees que te dice: «todo estará bien, Grace, tu familia y yo estaremos a tu lado». Te escribe la oración de la serenidad: «Dios, concédenos la *serenidad* para aceptar todo lo que no podemos cambiar, *valor* para cambiar lo que podemos, y *sabiduría* para reconocer la diferencia». La dices en voz alta varias veces. Te sientes mejor, respiras hondo. Te ayudará a continuar con tus pasos. Ya tienen una estrecha amistad. Llega tu esposo y cierra la puerta. Lo invitas a sentarse a un lado tuyo. Te abraza y le cuentas tu miedo de ese momento. «No te dejaré

sola», dice. Vuelves a respirar hondo, «será una lucha constante», le comentas. Vives el amor con su mano acariciando tu cabello y mejillas, apretándote en sus brazos. Lo besas largo rato. Se arreglan para dormir. En la cama le dices que no te suelte, se queda pegado a ti toda la noche.

Por la mañana Joaquín se levanta antes que tú, te prepara un café, un pan con mermelada y un jugo de naranja. Te lo lleva a la cama, agradeces dándole muchos besos. Te dice que se bañará para ir al trabajo. Te levantas de la cama y abres la cortina. Miras la neblina de afuera con la taza de café en la mano. Notas el pasto húmedo y verde. Ves algunas flores alrededor y los árboles al fondo, altos y fuertes. El aire los abandona para dejarlos quietos, imponentes. Te sientas en el sillón verde, piensas en las raíces firmes de los árboles y en la seguridad que regala el tronco a las ramas y hojas. Te dices: «Eso busco, eso quiero, ser un fuerte árbol. Solo por hoy, solo por hoy».

*Los pasos de Grace*, de Sofia Orozco Torres fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, [www.ucol.mx](http://www.ucol.mx). La edición se terminó en octubre de 2024. En la composición tipográfica se utilizó la familia Georgia. El tamaño del libro es de 21 cm de alto por 14 cm de ancho. Programa Editorial: Eréndira Cortés Ventura. Gestión Administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Edición: Miguel Ángel León Govea. Diseño de portada: Lizeth Maricruz Vázquez Viera. Diseño de interiores: José Luis Ramírez Moreno.

El amor encuentra una de sus manifestaciones más bellas a través de la comprensión. En *Los pasos de Grace*, Sofía Orozco ha labrado un homenaje a la valentía que nace del dolor de los recuerdos y la culpa, y que florece gracias al cariño, la empatía y la solidaridad. Sus personajes transitarán por la compleja senda de la enfermedad, que tiene al alcoholismo como uno de sus abismos principales. La recuperación será el mejor descubrimiento de que los seres humanos nacimos para acompañarnos. La historia de Grace es un camino de follajes verdes donde la luz llega a través de las palabras, porque en ocasiones, el mejor aliento está en donde menos lo esperamos.

*Miguel Ángel León Govea*

**Sofía Orozco.** Escritora, fotógrafa, pintora, conferencista y tallerista. En su trayectoria ha publicado novelas y cuentos infantiles. Es experta en gestión lectora y escritura por la Universidad de Extremadura, España. Desde hace veinticuatro años se dedica a la promoción de la lectura y la escritura creativa entre niños, jóvenes y adultos. La biblioteca del jardín de niños Manuel M. Diéguez de Tala, Jalisco, lleva su nombre.

ISBN: 978-607-8984-35-0



UNIVERSIDAD DE COLIMA